AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

13

ORIENTE

LOS PERSAS





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



ORIENTE



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

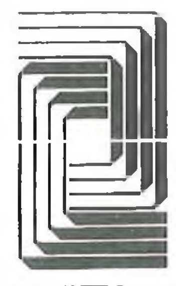
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal:M.17489-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-386-2 (Tomo XIII)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

LOS PERSAS

Jaime Alvar



Indice

Págs.

1. Introducción

Pocas sociedades antiguas presentan transformaciones estructurales tan aceleradas como el mundo persa. Esa es una de las razones fundamentales por las que resulta especialmente interesante su estudio.

En efecto, en un período aproximado de quinientos años, tiene lugar un complejo proceso que comprende la invasión e instalación de una población nueva en el territorio, la desaparición de las formas de organización tribal, la adquisición de estructuras de carácter estatal y, finalmente, la creación del más amplio imperio territorial conocido hasta la fecha. Pero es que, además, entre la época tribal y el surgimiento del Imperio no discurre más allá de medio siglo. Y todo esto por no hablar más que de las transformaciones en el ámbito sociopolítico: no es difícil imaginar la intensidad de la mutación en las estructuras económicas o en el terreno ideológico, que, como es natural, se vieron afectados por el imparable desarrollo del proceso descrito. En definitiva, una de las razones de nuestro asombro es la capacidad de adaptación de la sociedad irania a las más diversas variaciones. Tal vez en ellas resida una imposibilidad de asimilación y, consecuentemente, constituirían una de las razones del asimismo rápido derrumbamiento del Imperio.

Por otra parte, conviene resaltar el hecho de que el surgimiento del Imperio Persa supone un desplazamiento del centro de gravedad en la historia política del mundo próximo-oriental.

En efecto, ésta había discurrido a lo largo de tres ejes esenciales, que dibujan las principales áreas geográficas: Mesopotamia, Anatolia y el corredor sirio-palestino. En consecuencia, el altiplano iranio deja de ejercer la función de embudo para la introducción en el Próximo Oriente de elementos de cultura material y formas de pensamiento procedentes del Asia profunda y, por el contrario, se convierte en el centro de la vida política y, hasta cierto punto, cultural del Próximo Oriente.

2. El medio geográfico

Todas las sociedades antiguas tienen una base económica agraria, y la agricultura depende del medio geográfico. En consecuencia, para comprender las estructuras de cualquier sociedad antigua es necesario poseer ciertos conocimientos del medio en que se desenvuelve. Pero al mismo tiempo se debe tener en cuenta que el paisaje afecta a la supraestructura

ideológica, pues es de sobra sabido que la percepción de la realidad de un agricultor asentado en un valle profundo es forzosamente distinta a la de un pastor transhumante. También la geografía facilita o dificulta las relaciones suprarregionales y esto es de trascendental importancia en cuestiones vinculadas al comercio o a la configuración territorial de los estados. Ahora bien, nada de esto debe conducirnos a un trasnochado determinismo geográfico; lo que interesa retener es que el medio ambiente interfiere en la creación cultural y en tal sentido debe ser considerado como un camino adicional para la comprensión del fenómeno histórico. En consecuencia, lo que interesa al historiador no es la mera descripción del medio físico en que se desenvuelve la sociedad que estudia, sino la parte de la gegörafía que pueda tener una aplicación en historia.

Irán y Persia son dos denominaciones diferentes para la misma área geográfica, aunque en sentido estricto responden a dos conceptos distintos.

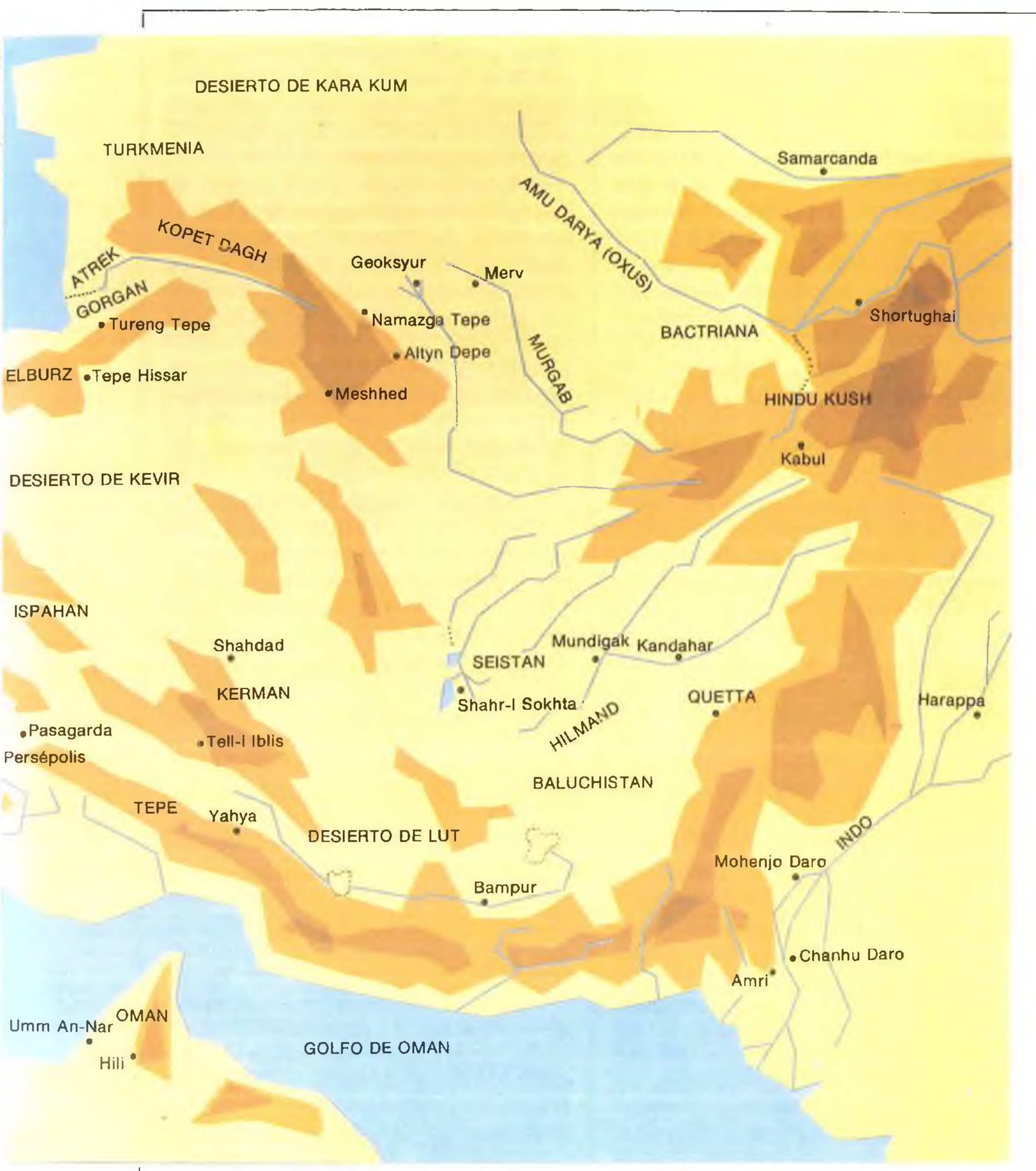
Irán procede del término Aryanam, el país de los arios. Aryan es el nombre colectivo para los pueblos de estirpe indoeuropea que se asentaron hacia el paso del segundo al primer milenio en la extensa región comprendida entre el Eufrates y el Ganges y desde el mar Caspio hasta el océano Indico.

Persia, sin embargo, corresponde a la parte SO del altiplano, es decir, a la región de Parsa, transmitida por los griegos como Parsis y conocida por los árabes como Fars. La razón por la cual, siguiendo a los griegos, adoptamos la denominación de Persia para todo el Imperio del que constituía una reducida parte es que de allí procedían los Aqueménidas, es decir, la dinastía persa creadora del Imperio.

Desde el punto de vista geográfico, Irán es una meseta irregular, cerrada prácticamente en su totalidad por cadenas montañosas. El Zagros separa



Irán



Mesopotamia del altiplano y el acceso a Anatolia está franqueado por los macizos del Kurdistán. El conjunto constituye una potente pared que oscila entre 2.000 y 4.000 m. de altitud y que abarca 1.600 Km. de longitud en dirección NO-SE. En ella se encuentran algunos valles interiores y altiplanos montañosos, en los que se desarrollan formas de vida poco propicias para la agricultura. Sólo en las estribaciones occidentales, de cara a la llanura mesopotámica se realizaron ensayos agrícolas que marcaron el inicio de la denominada «revolución neolítica». En época histórica,

estas montañas estaban habitadas por grupos tribales de los que tenemos algunas noticias en los anales de los reinos mesopotámicos debido a sus belicosas relaciones (Guti, Lullubi, Casitas, etc.). El altiplano iranio es accesible desde aquí por dos caminos: la ruta hacia Ecbatana (Hamadán), que atraviesa la «Puerta de Asia» y que conduce a la riqueza minera de las montañas —causa de continuas campañas de imperios mesopotámicos hacia esta región—; por otra parte, las «Puertas Persas» dan acceso, a través de las llanuras costeras del Golfo Pérsico, a la región de Persépolis. Esta entrada está precedida por la llanura de Khuzistán, conocida desde el tercer milenio como Elam y en la que se desarrolló la primera organización de carácter estatal de toda esta región, con capital en Susa. Aquí, como es natural, la influencia cultural de Mesopotamia fue muy intensa. Pero, una vez superadas las «Puertas Persas», la situación cambia completamente. La región que se extiende aquí está separada del mar por las estribaciones del Zagros, que se aproxima hasta el litoral dejando una estrecha franja costera mal dotada de puertos naturales. La población, en consecuencia, vive de espaldas al mar y la actividad económica gira en torno a las tareas agrícolas que se desarrollan en la vertiente septentrional de estas montañas. Aquí se asentaron los verdaderos persas y de ellos tomó su nombre la región: Parsuash. A orillas del río Pulvar, el más destacado de la zona, se encuentran las ciudades de Pasargada y Persépolis. La importancia de estos centros urbanos está motivada por tratarse de la región originaria de los Aqueménidas, pues de hecho los centros rectores de la vida económica y política se encontraban en el cuadrante NO del altiplano. La provincia de Parsuash (moderno Fars) debió de sufrir un intenso proceso de desecación, como ponen de manifiesto sus lagos salados. Esta circunstancia condujo a sus habitantes a elaborar un complejo sistema de irrigación artificial, basado en redes kilométricas de canales subterráneos, del mismo tipo que se encuentra en la región central del altiplano.

El esfuerzo colectivo que supone la aplicación de esta ingeniería hidráulica no es ajeno al sistema de propiedad y explotación del suelo. No es ocioso recordar que aquí, en Parsua y en la vecina septentrional Media, es donde antes desaparecen las estructuras tribales de los invasores indoeuropeos asentados en Irán y, consecuentemente, donde antes se desarrollarán las formas más complejas de organización social.

Continuando hacia el este, el Zagros se encuentra con las estribaciones de los montes de Suleimán, que en ese punto giran hacia el interior del altiplano. Toda esta región meridional es muy inhóspita y de hecho constituía un refugio natural, como pone de manifiesto la pervivencia de poblaciones preindoeuropeas. La forma de vida aquí es fundamentalmente seminómada, como lo es en la zona más oriental, en el Beluchistán. Esta región debe su nombre a las tribus iranias asentadas a partir del s. IX a.C. Casi toda ella es montañosa, pues constituye una continuación natural del Solimán Dagh. Esta cordillera, que separa la cuenca del Indo y el altiplano iranio, arranca del Pamir —denominado el «techo» del mundo— y discurre en dirección sur hasta el Océano Indico, contando únicamente con dos pasos de interés, el de Khaiber y el de Bolan, que conducen al Punjab. Desde el Pamir y hacia el este discurre la cordillera del Himalaya que separa Asia Central del subcontinente de la India. Al oeste del Pamir se extiende en 600 Km el Hindukush, que va declinando hasta encontrar las estribaciones del Elburz en la llanura de Merv. En esta accidentada topografía no era fácil la agricultura, por ello nunca fue una región próspe-

ra y su fama procedía de su riqueza minera en piedras preciosas.

Al norte del Hindukush se extienden las amplias estepas del Turquestán, regadas por el Oxos y el Yaxartes. No hay prácticamente obstáculos para alcanzar el altiplano iranio desde estas llanuras. En efecto, las «Puertas Dzungarias» dan acceso al Turquestán occidental, a la altura del lago Balkach, al norte de la cordillera del Tien Shan. Desde allí se alcanza Samarkanda, Bujara, Merv (una de las Alejandrías fundada por Alejandro Magno) y Meshed, en la antesala de los desiertos iranios. Al oeste de esta vía de penetración queda el impresionante macizo de Kopet Dagh, que junto a la cordillera de Elburz configura una potente pared ante el Dasht-i Kavir. El Elburz, además, rodea la orilla meridional del mar Caspio, sobre el que cae perpendicularmente desde la altura máxima de 5.654 m. del monte Demavend. Esta cadena montañosa separa dos paisajes completamente diferentes: el altiplano y la franja costera, ésta de aspecto tropical, ajena a los cambios culturales que se producían al otro lado. Al mediodía del Elburz están las «Puertas Caspias» que desembocan en Teherán y que constituían el camino natural para acceder a Media desde Partia.

Finalmente, entre el Caspio y el mar Negro se levanta la potente cordillera del Cáucaso, que dificulta la penetración desde el norte a la región de Armenia. Aquí, como en las altas tierras de Afganistán, había una economía mixta, compuesta por una agricultura de barbecho y una actividad pastoril seminómada. El Cáucaso era un foco de atracción para minorías étnicas que se sentían resguardadas por sus profundos valles y sus inaccesibles crestas. Sin embargo, la orilla occidental del Caspio proporcionaba una fácil vía de penetración hacia el Azerbeiján y el NO de Irán, región limitada al oeste por el Zagros, con lo que se cierra el circuito montañoso que enmarca el altiplano iranio y que es accesible por contados pasos naturales.

El interior no es tampoco una plataforma regular, pues algunas estribaciones montañosas configuran varias cuencas que en otro tiempo fueron mares interiores y que ahora no son más que inmensos desiertos salados. En el centro de la meseta irania se encuentran el Dasht-i Kavir y el Dasht-i Lut, aunque en Afganistán y Paquistán hay desiertos similares de menor tamaño, como el Dasht-i Margo y el Dasht-i Tahlab. Estos espacios impiden el asentamiento humano y constituyen auténticas barreras naturales para el desplazamiento de pueblos o mercancías. Al mismo tiempo obligan a una polarización de los pueblos en movimiento, que se ven forzados a dirigirse hacia el este, hacia la cuenca del Indo, o bien hacia occidente en busca de Mesopotamia. Por tanto, la vida en el interior de Irán estuvo mediatizada por la existencia de los desiertos, que reducían el espacio de asentamiento y forzaban el itinerario de las vías de comunicación. El centro neurálgico era el NO, por donde discurría el camino más importante que arrancaba de Mesopotamia a la altura de Ctesifonte (Bagdad) y alcanzaba Irán a través del Zagros. Aquella ruta está jalonada por las modernas ciudades de Hirmanshah, Hamadán y Teherán. Desde esta región, otra ruta se dirigía hacia el mar Negro a través del Azerbeiján y Armenia, dando acceso asimismo al mar Caspio. También desde aquí era posible alcanzar el sur, pues una ruta conducía a Isfahán y de allí a la provincia de Fars. Pero desde el punto de vista cultural, el camino más importante era el que continuaba desde el NO por el margen septentrional del Dasht-i Kavir hacia el este, hasta Herat, donde se bifurcaba buscando las salidas naturales del altiplano, bien aL NE hacia Merv, Bujara, Samarkanda y a través de la estepa del Turquestán hacia China; bien hacia el sur

por la región del Seistán o hacia Kandahar, buscando los pasos de Khaiber o Bolán para caer sobre la cuenca del Indo. La ruta del norte era el nexo de unión de oriente con occidente, por allí transitaban los productos de lujo procedentes de China y por tal motivo recibió el nombre de Ruta de la Seda, aunque también era conocida como Gran Camino de Khorasán (Madjizadeh, 1982).

Por consiguiente, el interior del altiplano iranio tiene esencialmente dos funciones: por una parte, sirve de cuenca receptora para los pueblos invasores, que acceden a ella desde contados pasos naturales y, por otra, es zona de paso obligado para los contactos entre Oriente y Occidente, lo que le proporciona un carácter especial entre las distintas regiones que configuran el entorno geográfico del mundo antiguo.

3. Elam en el III Milenio

3.1. El surgimiento del Estado

El elemento diferenciador que, en mi opinión, debe ser considerado como punto de arranque de una fase propiamente histórica en una comunidad dada es el Estado. Se trata, en efecto, del concepto catalizador de una serie de transformaciones estructurales que afectan en primer lugar al ámbito económico (generalmente por la adopción de la agricultura) y a partir de ahí a todo él sistema de organización de la comunidad, pues la sedentarización conlleva unas nuevas formas de vida, reflejadas en hábitats permanentes que provocan —junto a las formas de producción— unas relaciones interpersonales y grupales sustancialmente distintas, mucho más elaboradas; es decir, una estructura social compleja. A su vez, la organización política es cada vez más rica al multiplicar sus instituciones y desarrolla sus contenidos, es decir, mediante la aparición del aparato burocrático. Pero, además, todas esas modificaciones requieren o provocan progresos técnicos en los distintos ámbitos, en los instrumentos agrícolas, en el armamento o la creación de un sistema de escritura para facilitar las tareas de control en la administración del Estado. Finalmente, estos cambios estructurales afectan de forma decisiva a la manera de entender el mundo, provocando estrategias culturales destinadas a justificar la nueva realidad, lo que significa un cambio en el marco referencial de la sociedad, es decir, una transformación en la supraestructura ideológica.

Es difícil determinar el momento en que surge el Estado en el área que estudiamos, pero el proceso se va a desencadenar allá por el VII Milenio (Diakonoff, 1985), cuando comienza la civilización agrícola basada en la irrigación fluvial, que a partir del VI Milenio se convierte en irrigación artificial, similar a la que conocemos en Mesopotamia, quizá derivada de la de aquí. En el IV Milenio nos encontramos ante una comunidad calcolítica fuertemente implantada y con asiduos contactos comerciales con Mesopotamia. Lentamente se va a ir perfeccionando la técnica de la explotación del cobre nativo y poco a poco se va creando una red de exportación, en constante aumento debido a la demanda de las regiones vecinas, carentes de este metal (Berthoud y Françaix, 1980). Así pues, los progresos técnicos, los contactos comerciales con Mesopotamia y la experiencia local del hábitat en aldeas permite el surgimiento de la primera ciudad en el Elam: Susa (Weiss, 1977; Wright y Johnson, 1975).

Esta ciudad va a ser el centro de la comunidad elamita (Vallat, 1980), que se extiende por varias regiones: Sherikhu, a lo largo del Golfo Pérsico; Anshan, en el actual Fars; Elam propiamente dicho, prolongación de la Baja Mesopotamia, que comprende tanto la cuenca de Susiana, como la



Vista general de Susa

zona montañosa del Khuzistán; parte del Luristán, región montañosa que limita con la zona norte de Elam y quizá también Barakhshe/Warakhshe, conocida como Marakhashi por los textos más recientes, aunque en ocasiones constituyó una unidad política aparte. El término Elam lo han tomado los historiadores modernos del *Génesis*, que a su vez había simplificado la forma babilonia *Elamtu*. Sin embargo, los elamitas llamaban a su país *Haltamti*.

No podemos determinar con seguridad si la aparición de la ciudad de Susa va acompañada por unas estructuras tan complejas como para pensar que nos encontramos ante un Estado (Amiet, 1986). En cualquier caso, la evolución inmediata desemboca en él probablemente ya hacia 3700 a.C. (para una cronología más moderna, Diakonoff, 1985). Sin embargo, a partir de ese momento, Susiana entra en un período de declive, que coincide con una aceleración del proceso cultural de la Baja Mesopotamia. Es durante esta época cuando comienza allí la vida urbana; en efecto, entre 3500 y 3400 a.C. surge la escritura en Uruk, lo que supone un período previo de actividad administrativa centralizada.

3.2. La consolidación de la cultura elamita

El impetuoso desarrollo de la Baja Mesopotamia va a favorecer indirectamente la consolidación de la cultura elamita, pues la jerarquía social de los nuevos estados consume con avidez bienes de prestigio, que exteriorizan nítidamente las diferencias sociales (Johnson, 1973). Las excavaciones de las distintas ciudades mesopotámicas han exhumado esos productos de importación, como oro, coralina,

turquesa, lapislázuli, etc., procedentes de Asia Central, India e Irán, entre otros. Esta actividad comercial consolida las rutas descritas más arriba y Susa se convierte en un centro comercial de primera magnitud (Amiet, 1986). Ese papel provoca un resurgir cultural de Susa, ensombrecida por la actividad desplegada por las ciudades sumerias.

Bien es verdad que en buena parte Susa es deudora de los progresos experimentados especialmente en Uruk, pero su personalidad se refleja en la adaptación de los préstamos culturales. Entre ellos hay que destacar, naturalmente, la adopción de la escritura. Hacia 3300 a.C. las tablillas de Susa dan a conocer, mediante signos figurativos, es decir, pictogramas, cifras para contabilizar el ganado. Pronto este sistema de escritura se perfecciona con signos esquemáticos, que configuran la denominada escritura protoelámica, aún no descifrada. Durante esta misma época se desarrolla en Elam una glíptica propia, adoptada de la sumeria, cuya temática se inspira tanto en la vida cotidiana, como en el simbolismo de animales fantásticos. Precisamente, la distribución de la glíptica elamita es el elemento básico considerado por los especialistas para delimitar el área cultural del Elam histórico (Amiet, 1972 y 1980). Los sellos aparecen en los yacimientos correspondientes a las distintas ciudades que paulatinamente van surgiendo por zonas alejadas de Susiana, como la actual Godin tepe o en Irán propiamente dicho —éstas pertenecientes ya al cambio del IV al III Milenio—, como Tell-i Ghazir, tepe Sialk, tepe Yahya y otros yacimientos situados en la ruta que rodea el Dasht-i Lut. Sin embargo, el mayor arraigo de la influencia de Susa tendrá lugar en Anshan, donde va a perdurar aún después de que desaparezca tal influjo en los núcleos del interior de Irán (Amiet, 1986).

A partir del III Milenio, Irán manifiesta unas características culturales propias que sólo se difuminan con la invasión y establecimiento de los indoiranios. Los arqueólogos han descubierto ya más de treinta ciudades del III Milenio en el altiplano iranio. Tal eclosión se explica por la explotación de los recursos mineros del país, solicitados tanto por Elam, como por las otras culturas avanzadas colindantes. De ellas toma Irán sus formas de organización política en ciudades-estado independientes, según ponen de manifiesto los restos arqueológicos, ya que en cada hábitat aparece al menos un edificio monumental (templo-palacio) y se reproduce una diferenciación social similar a tenor de las riquezas acumuladas por determinados elementos en cada ciudad. Sin duda, la comercialización de la riqueza minera es el fundamento de esa segregación social, pues no hay que olvidar que generalmente estas ciudades se encuentran junto a importantes yacimientos metalíferos.

En este sentido, resulta especialmente atractiva la observación de las formas de contacto con las culturas vecinas. Desde muy pronto se aprecia una presencia de artesanos extranjeros, por ejemplo en Chortugai, en la Bactriana afgana, donde se instalan gentes procedentes del Indo, probablemente el país de Meluhha citado por los textos mesopotámicos y cuyas ciudades más importantes hasta la fecha son Mohenjo-Daro y Harappa (Bridget y Raymond Allchin, 1981). Esta cultura posee su propia escritura, que tampoco ha sido descifrada, lo que dificulta enormemente nuestro conocimiento acerca de sus relaciones con el Próximo Oriente. Por otra parte, tampoco se han descubierto productos próximo-orientales en los yacimientos del valle del Indo, lo que mantiene en entredicho la identificación propuesta (Parpola, Parpola y Brunswig, 1977; During-Caspers, 1980).

Pero la relación de la cultura del altiplano iranio no es unidireccional.

Los contactos con Elam están atestiguados por una inscripción protoelamita procedente de Chahdad y los productos mesopotámicos llegan hasta el Irán oriental.

Quizá el contacto con Sumer se realizara de forma indirecta, a través de otros países citados asimismo por los textos mesopotámicos, como Magán y Dilmún.

Magán se situaría, para la mayor parte de los especialistas, a ambos lados del Estrecho de Ormuz y según los textos sumerios sería exportador de diorita y de cobre, mientras que Dilmún se identifica en general con la isla de Bahrein, en el Golfo Pérsico, que ha proporcionado importaciones mesopotámicas, y su entorno en la parte NE de la Península Arábiga (Potts, 1983).

3.3. La dinastía de Awan

Si para los orientalistas resulta difícil establecer una secuencia coherente en la historia política de Mesopotamia durante el III Milenio, mucho más lo es intentar esbozar los acontecimientos políticos de Elam durante el mismo tiempo, habida cuenta de que nuestra información procede, en principio, únicamente de las fuentes sumerias (Carter y Stolper, 1984). Por tanto, sólo lo que a éstas pueda interesar de Elam nos es conocido; es decir, lo que alcanzamos a reconstruir —siempre parcialmente— es la evolución de las relaciones entre los estados mesopotámicos y Elam desde el punto de vista militar. Esas relaciones se caracterizan por un permanente antagonismo, debido esencialmente a dos factores: por una parte, la necesidad que había en Mesopotamia de las riquezas naturales de Elam y que no siempre se podían obtener mediante intercambio comercial; es decir, la actividad bélica como sistema para lograr el equilibrio económico (Alden, 1982). Por otra parte, el peligro recíproco que suponía la existencia de estados vecinos potentes, fenómeno que se enmarca en una conducta general de lucha por la hegemonía, basada en la necesidad de la expansión para consolidar las estructuras internas de cada Estado.

Ya en la época de la I Dinastía de Kish la lista real sumeria nos hace saber que el rey Mebaraghesi conquista Elam, donde se aprecia un fuerte influjo cultural mesopotámico. Sin embargo, el control político de una región tan alejada era entonces una ilusión imposible y hacia la mitad del milenio, Elam recupera su independencia bajo la égida de una nueva dinastía, asentada en la ciudad de Awan, más al interior y, por tanto, menos expuesta que Susa a los ataques procedentes de Mesopotamia. Awan sería tanto una región como su capital. Algunos autores la han situado en la actual Shushtar. Es muy probable, sin embargo, que Awan sea una denominación antigua para el posterior Anshan, la región que sería rebautizada como Parsuash (moderna Fars) a causa del establecimiento en ella de los persas. La capital estaría situada en la posterior ciudad islámica de Ash, nombre derivado de Anshan (Hansman, 1985).

La dinastía de Awan (*circa* 2425-2150 a.C.) nos es conocida por textos de comienzos del II Milenio (Scheil, 1931; König, 1965), según los cuales habría sido fundada por un tal Peli, al que sucedieron otros once reyes. Prácticamente nada sabemos de ellos hasta el octavo rey, Lukhkhishshan, que fue vencido por Sargón de Akad en torno al 2300 a.C., lo que permitió a éste el empleo del título de «Rey de Elam». Durante todo el período acadio las relaciones entre Mesopotamia y Elam son hostiles. Por una parte, la dinastía de Awan quiere recuperar su independencia y, por otra, el Imperio Acadio desea mantener la integridad territorial establecida por su fundador. Las revueltas, en consecuencia, son continuas, al igual que la represión de las

mismas por parte de los acadios. Sólo Susiana será controlada de una manera efectiva y duradera por éstos.

La autoridad de Akad sobre la región comienza a descomponerse durante el reinado de Naram-Sin (Lambert, 1979 a), según pone de manifiesto la sublevación y práctica independencia del gobernador elamita Kutik-In-Shushinak (o Puzur-In-Shushinak). Al parecer éste había recuperado Susa, donde desarrolla una intensa política de erección de monumentos. De allí proceden algunas inscripciones en elamita y acadio en que relata sus hazañas (Böhmer, 1966).

Parece ser que el propio Naram-Sin se vio obligado al final de su reinado a firmar un tratado con Kutik-In-Shushinak (o con su predecesor Khita, según Bottéro y Hansman), conservado en un texto elamita. A la muerte de Naram-Sin, Kutik-In-Shushinak atacó Mesopotamia. Esta campaña le dio una independencia absoluta frente al nuevo rey acadio, Shar-kali-sharri, y le permitió adoptar el título de «Rey de Awan».

Sin embargo, la nueva situación no fue duradera, pues poco tiempo después, aún bajo el reinado de Kutik-In-Shushinak, sucumbía la dinastía de Awan, al mismo tiempo que la de Akad. Esto ha hecho pensar a muchos investigadores que quizá la causa de su desaparición fuera la misma: la invasión de los guti. Cabe, no obstante, la posibilidad de que el fin de la dinastía de Awan esté relacionado con la toma de la ciudad de Anshan por Gudea (*circa* 2200 a.C.), según nos hace saber una inscripción del rey de Lagash (Barton, 1929).

3.4. El Estado y la cultura elamita

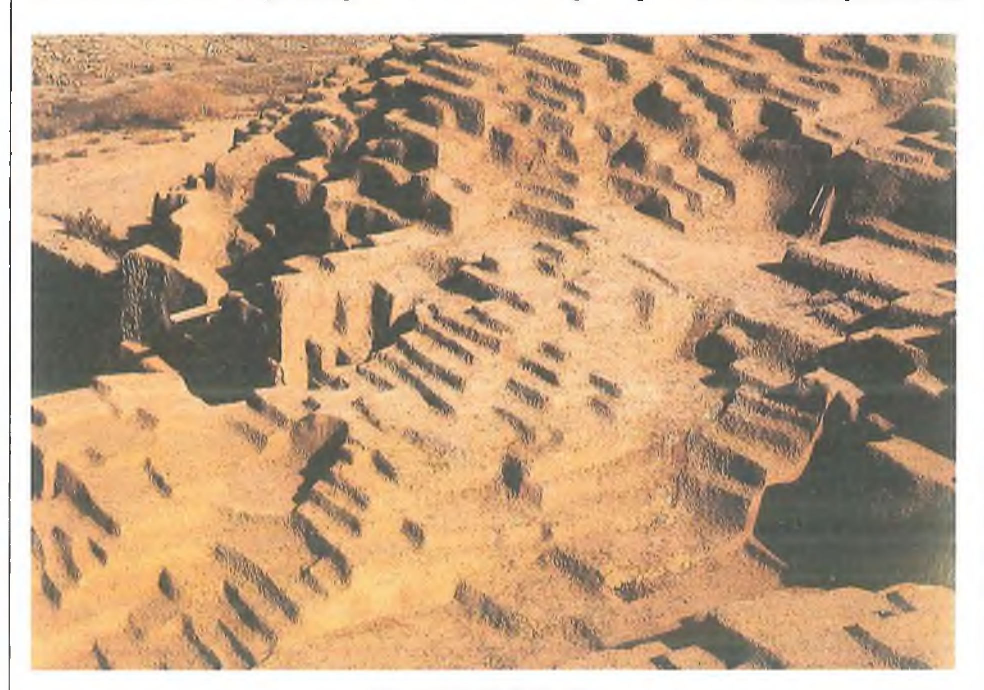
Aunque desde el punto de vista cultural Mesopotamia ejerce una gran influencia sobre Elam, la organización estatal de éste presenta una gran originalidad, que merece cierta atención. Tan lejos como se puede remontar en la historia, la constitución de Elam es de tipo federal. Un jefe supremo gobierna sobre un cuerpo de príncipes vasallos. Junto a este jefe, y como futuro heredero, se encontraba un hermano menor, lo que resulta ajeno a las prácticas habituales en los Estados coetáneos. Pero, además, el derecho al trono se transmitía por la madre, lo que ha hecho inferir a algunos autores, como Frye, que el papel de la mujer en la sociedad elamita fue importante, olvidando que tal fenómeno no es más que un punto de referencia cultural, sin implicaciones sociales necesariamente.

La titulatura oficial de la monarquía elamita varió con el transcurso del tiempo, en función de las contingencias políticas. En sumerio, el título era *sukkal-mah*, es decir, «Gran Regente», mientras que el hermano que ejercía el puesto de virrey era únicamente «*sukkal* (regente) de Elam y Shimashki» y residía en una ciudad distinta a la del *sukkal-mah*. Había un tercer personaje destacado en el sistema estatal elamita, se trata del *sukkal* de Susiana. Este era el hijo mayor del *sukkal-mah* que se establecía como una especie de segundo sucesor (Cameron, 1936) y vivía junto a su padre. A la muerte del rey le sucedía su hermano, pero el *sukkal* de Susiana no se convertía en *sukkal* de Elam y Shimash si quedaban hermanos menores del *sukkal-mah*, es decir, tíos suyos. Algunos autores sostienen la existencia de la práctica del levirato en la realeza elamita; por tanto, el heredero había de desposar a la viuda, que por lo general era hermana de ambos (Hinz, 1973). Se observa, pues, cómo Elam mantiene un sistema de sucesión bastante complejo.

Poco sabemos de la estructura económica de este período, pero al parecer la propiedad privada de la tierra estaba bastante extendida, como ocurre en la Mesopotamia acadia. Por influencia de ésta, Elam abandona la

escritura protoelamita y adopta el cuneiforme, aunque en la adaptación de la escritura a su lengua sufre un proceso de simplificación. Tan sólo hay un cierto renacimiento del lineal protoelamita durante el reinado de Kutik-In-Shushinak, por interferencias ideológicas; pero, aún así, muchos de sus textos están escritos en cuneiforme. Es más, algunas de sus inscripciones están redactadas en acadio.

La influencia acadia afecta también al ámbito religioso, pues en el tratado entre Naram-Sin y Kutik-In-Shushinak, junto a los dioses indígenas aparecen otros mesopotámicos, o de nombre mesopotámico, como el propio dios de Susa, In-Shushinak, que es de origen sumerio. En cualquier caso, el panteón elamita parece dominado por diosas, como Pimikir (o Pinenkir), que encabeza la lista del tratado con Naram-Sin, u otras como Kiririsha («Gran Diosa») y Parti. Sólo a partir del II Milenio comienzan a tener mayor importancia los dioses, como Humban («El que manda en el cielo») y su hijo Hutran, Nahhunte, el dios sol, o el ya mencionado In-Shushinak («Señor de Susa»). En cuanto a la religiosidad popular, parece más vinculada a los lugares altos en el ámbito rural, acompañada de prácticas mágicas, el culto a la serpiente y al mundo subterráneo, con sus divinidades ctónicas. En el ámbito urbano el centro religioso son los templos, erigidos sobre terrazas y deudores del influjo arquitectónico mesopotámico, al igual que la mayor parte de las representaciones artísticas.



Zigurat de Heftete. Susa

3.5. La dinastía de Shimaski

Tras la desaparición de la dinastía de Awan, los escribas elamitas mencionan la dinastía de Shimashki, cuyo emplazamiento nos es desconocido. Seguramente se trataba de una unión inter-regional de al menos seis principados (Stolper, 1982), con el núcleo

central en la actual región de Isfahán (Hansman, 1985). Esta nueva dinastía no es en absoluto comparable a la precedente, pues su poder real está limitado al área circundante a la sede dinástica.

Las relaciones con Ur son, en la medida en que las conocemos, de hostilidad casi permanente. Sin embargo, con Shulgi —que había llevado una campaña contra Elam— parece cambiar la situación, pues en el año 30 de su reinado acuerda el matrimonio de una hija suya con el *ensi* de Anshan. Las razones de este acuerdo deben ser buscadas en los intereses internos de Ur y, quizá también, en el deseo de entorpecer un posible entendimiento entre Anshan y Shimashki. Pero pronto se reanudan los enfrentamientos que con altibajos van a perdurar hasta el reinado del último representante de la III Dinastía de Ur: Ibbi-Sin.

En términos generales se puede afirmar que las razones de los continuos ataques de Ur contra Elam se basan por una parte en el deseo de mantener controlada la población de las montañas que ya había ocasionado la caída del Imperio Acadio y, por otra, los intereses económicos, pues los botines de las campañas proporcionaban abundantes materias primas y mano de obra esclava. Como consecuencia inmediata de los ataques, Susiana pasa nuevamente a la órbita mesopotámica y al frente del territorio los monarcas de Ur instalan un gobernador, que se expresa en la lengua de los conquistadores, el sumerio.

Esta situación cambia radicalmente cuando (hacia 2025 a.C.) la dinastía de Shimashki arrebata Susa al rey de Ur Ibbi-Sin. Las circunstancias se presentan bastante contrarias a Ibbi-Sin, pues por el extremo opuesto su Estado está siendo sometido a una presión creciente por los nómadas amoritas (que tras su instalación en Mesopotamia darán lugar al Imperio Paleobabilónico), a lo que se aúna la sublevación de su general Ishbi-Erra. Ante el cariz que toman los acontecimientos, Ibbi-Sin decide atacar Elam, pero la dinastía de Shimashki había cuajado una alianza con los *su*, un pueblo del Zagros que contribuye al éxito elamita. Khutran-Temti, rey de Shimashki, vence en 2003 a.C. a Ibbi-Sin, que es conducido prisionero a Elam, según nos hace saber un texto que lamenta la destrucción de Ur, donde Khutran-Temti instaló un contingente militar que se mantuvo allí algunos años hasta que Ur cayó bajo el poder de Ishbi-Erra. Los textos no nos proporcionan ninguna otra información acerca del destino del último representante de la III Dinastía de Ur.

Los problemas internos de Mesopotamia tras la caída del Imperio de Ur no supusieron aliciente para la consolidación de la dinastía de Shimashki. Los elamitas fueron expulsados de Mesopotamia seis o siete años después de la toma de Ur y las luchas por la hegemonía entre Isín y Larsa no impidieron que sus monarcas atacaran Anshan y Susiana.

Pero aún a pesar de la conquista de Mesopotamia, o quizá por esa razón, un príncipe elamita, Indattu-In-Shushinak I, estableció su hegemonía sobre todo el país, tras haber realizado una carrera administrativa que podemos rastrear a través de sus propias inscripciones. Había ocupado los cargos de *ishakku* de Susa y después el de *shakkanakku* de Elam, desde los que accedió al título de «Rey de Shimashki y de Elam». Gracias a esas inscripciones conocemos algunos detalles de su actividad como constructor, lo que parece manifestar una buena coyuntura económica en el Estado elamita. Desde el punto de vista cultural, la dependencia mesopotámica es evidente, pues la nomenclatura administrativa es la del reino de Ur y, además, sus inscripciones están redactadas en acadio. La buena situación del Estado parece mejor reflejada durante el reinado de

su hijo Tan-Ruhuratir, cuya actividad diplomática le permitió contraer matrimonio con la hija del rey de Eshnunna. Aún bajo el reinado de su sucesor Indattu II parecen mantenerse las mismas relaciones, habida cuenta de la actividad militar y social desplegadas durante su mandato. Inmediatamente después la información disminuye bruscamente. Sólo sabemos que el rey de Larsa, Gungunum (*circa* 1925 a.C.) establece un dominio efectivo sobre Susa y que, probablemente, la situación se mantiene largo tiempo, hasta que es aprovechada por un tal Eparti que, a finales del s. XIX asesta el golpe definitivo a la dinastía de Shimashki. Pero en realidad, al margen de esos datos aislados, ignoramos las condiciones generales en que se produce la desaparición de esta dinastía y la instauración de la nueva línea dinástica establecida en Susa (Lambert, 1979 b; Stolper, 1982 y Diakonoff, 1985, sitúan a Esparti hacia 1900 a.c.)

4. Elam en el II Milenio

4.1. Elam durante el período paleobabilónico

Eparti adoptó inmediatamente el título de «Rey de Anshan y Susa», por oposición al de «Gran Regente», lo que pone de manifiesto su programa político de independencia para su reino. Sin duda, asociado a ese programa hay que interpretar su gesto de divinización en vida, caso único en la historia de Elam, que no arraigó por las condiciones estructurales del Estado, al igual que tampoco en Mesopotamia triunfaron ensayos similares.

Eparti fue sucedido por su hijo Shilkhakha, cuya hermana ocupó el cargo de *sukkal* de Susa y fue utilizada por los sucesores como figura referencial en la constitución de la dinastía, pues en la nomenclatura oficial se designan a sí mismos como «hijos de la hermana de Shilkhakha». Este dato es el que ha permitido a algunos autores, como se indicó más arriba, teorizar sobre la función de la mujer en el sistema sucesorio elamita. Otro aspecto interesante es que los sucesores de Eparti abandonan la titulatura real y retoman la denominación subalterna de *sukkal-mah*. Esta disminución de rango no ha hallado una explicación satisfactoria (Amiet, 1986).

Durante este período las relaciones diplomáticas de Elam se extienden hasta Siria y su intervención en la política mesopotámica es continua. El punto de inflexión se produce cuando el rey amorita de Larsa, Rim-Sin, que había puesto fin al reino de Isín, solicita la ayuda elamita para contener al impetuoso rey de Babilonia, Hammurabi, Rim-Sin y su aliado Siwe-parlarhuppak son derrotados (1764 a.C.). Elam se precipita en un período de profunda oscuridad en el que sólo hay alguna información aislada, como un ataque de Kutir-Nahhunte I a las ciudades de la Baja Mesopotamia durante el reinado del sucesor de Hammurabi, Samsuiluna (1750-1712 a.C.), según nos hace saber un texto neoasirio de Assurbanipal (668-662 a.C.). También a este período corresponden esporádicos ataques de los elamitas contra el interior de Irán, quizá como camino necesario para compensar la ruptura de las relaciones con Mesopotamia (Amiet, 1986).

Durante los dos siglos que siguen, la historia de Elam nos es completamente desconocida, pues no hay textos locales, ni sus avatares quedan reflejados en los documentos mesopotámicos.

Las fuentes para el período paleobabilónico proceden de una lista real elamita del s. XII a.C., de las abundantes tablillas de Susa, referidas a cuestiones fundamentalmente económicas y sociales y, finalmente, las denominadas tablillas de Malamir. Por estos documentos detectamos la profunda acadización de Elam, no sólo en el ámbito cultural, sino también en la

onomástica y en la religión. La originalidad se mantiene, sin embargo, en algunas cuestiones legales, como la transmisión de la herencia. En general la situación económica, como ya se ha dicho, parece próspera y aunque aún hay grandes extensiones de tierra comunal, el proceso de privatización constituye una característica sustancial al sistema de producción agrícola. Hay grandes extensiones también de tierras del rey, que son en general trabajadas por campesinos libres (Diakonoff, 1985).

4.2. Elam a mediados del II Milenio

La propia falta de información sobre la historia elamita en la parte central del II Milenio nos impide determinar las causas del silencio (el descubrimiento de documentos de este período en Haft tepe quizá pueda resolver alguna incógnita cuando se publique su contenido).

Algunos autores han supuesto que Elam se vio afectado, al igual que Babilonia (Diakonoff, 1985), por la invasión de los casitas, que establecieron en aquella ciudad mesopotámica una dinastía propia aprovechando el vacío de poder creado por la vertiginosa campaña del hitita Mursil I, que acaba con la dinastía de Hammurabi (*circa* 1595 a.C.). Sin embargo, no tenemos ninguna seguridad de que tal suposición sea correcta. El único rasgo casita en Elam procede de un reducido número de nombres de esa procedencia, pero que se pueden explicar por una inmigración pacífica de extranjeros que buscan trabajo, mejor que por un fenómeno de invasión, al igual que se documentan en Babilonia con anterioridad al año 1595 a.C.

Probablemente no está en los casitas la razón del silencio elamita, sino en la reorientación de las relaciones de Elam, destinadas ahora hacia el Irán interior y las comarcas vecinas del Golfo Pérsico. Las sociedades aquí asentadas no poseen anales que puedan reflejar tales relaciones y, aunque ello no justifica el silencio del propio Elam, sí puede explicar al menos la falta de información procedente de Mesopotamia. Ya antes se ha hecho alusión al nuevo interés elamita por los territorios situados al este, pero una crónica babilónica nos hace saber que Eagamil, rey del País del Mar (en el Golfo Pérsico), fue a Elam; para oponerse a su ejército, Ulamburiash, hermano de Kashtiliash, del país de los casitas, reclutó sus tropas y, después de haber sometido el País del Mar, le impuso su dominio. Gracias a este texto podemos documentar unas relaciones hostiles entre Elam y el País del Mar prácticamente desde los orígenes de la dinastía casita en Babilonia.

Al margen de estos indicios sobre la reorientación de los intereses internacionales de Elam, nada se puede intuir sobre su propia historia hasta el tercer cuarto del s. XIV a.C., según veremos más adelante.

4.3. La situación general en el Irán interior

Hasta ahora hemos dedicado toda nuestra atención a la región más desarrollada gracias a su proximidad a Mesopotamia. Sin embargo, parece conveniente presentar una visión general del Irán interior durante el II Milenio (Kohl, 1984).

Ya se había indicado que en el III Milenio la urbanización había arraigado en Irán, pero a finales del milenio comienza un proceso de abandono masivo de los hábitats urbanos. Sólo escasas excepciones escapan a esta tendencia general. Quizá el caso más destacable sea el de Altyn tepe, en el piedemonte del Kopet Dagh, que presenta una gran actividad constructora, según refleja la erección de un santuario, que recuerda los zigurats, y un templo con fachada de pilastras. Probablemente los contactos

de esta ciudad con la civilización del Indo sean la clave para explicar su pervivencia frente al abandono general.

Por su parte, las razones esgrimidas para justificar ese insólito proceso son, por la ausencia de documentación, de variada índole. Como suele ocurrir en casos similares dos son las propuestas básicas: o bien se ha producido la invasión de un pueblo extranjero, o bien la climatología ha provocado el colapso económico.

Los defensores del primer postulado sostienen que a partir de este momento comienzan a penetrar invasores indoeuropeos en el altiplano iranio, coincidiendo con el establecimiento de otros indoeuropeos en Anatolia. La arqueología, sin embargo, no ha detectado huellas de destrucción acompañando el abandono de los núcleos urbanos. Por tanto, la facilidad con que penetran estos invasores parece ser más bien una consecuencia que la causa del abandono de las ciudades.

Parece más acertada la segunda hipótesis, aunque probablemente aún caben más elementos que hayan participado en este proceso. La desecación del clima, que se acentúa en el siglo siguiente, puede haber provocado una disminución de las tierras cultivables, que, de hallarse en el límite de su capacidad productiva, serían insuficientes para la alimentación de toda la población y como alternativa se habría buscado un nuevo territorio. Pero hay problemas para la aceptación de esta explicación sin más, pues el urbanismo del Irán estaba estrechamente vinculado —lo hemos señalado antes— a la explotación minera y este factor, sin embargo, no entra en consideración en esta hipótesis sobre el abandono de las ciudades. Por otra parte, además, el fenómeno afecta también a la cultura del Indo, cuya vida urbana desaparece asimismo antes de que el s. XVIII a.C. hubiera concluido. El factor comercial entra en liza, como causa o consecuencia, a través de la constatación del cese de las importaciones procedentes de Dilmún y Magán a Mesopotamia y Elam por las mismas fechas.

El vacío demográfico del Irán interior va a ser aprovechado por nuevas poblaciones nómadas, que encontrarán en estas regiones un medio físico apropiado para iniciar su proceso de sedentarización. Estos nuevos elementos son portadores de una característica cerámica gris, que se va a difundir por todo Irán excepto la región montañosa del Luristán y Elam (Childe, 1926). El grupo étnico que se esconde tras esta cultura material es, sin duda, indo-ario y se había escindido probablemente ya en el IV Milenio, en algún lugar al oeste del Volga, de otro grupo indoeuropeo, los iranios, que aproximadamente dos milenios después de la escisión van a hacer acto de presencia en el mismo escenario. A éstos les prestaremos atención más adelante.

Regresando a los indo-arios, la constatación de que su separación de los iranios se produce en una fecha tan remota reside en la ausencia de rasgos iranios en las lenguas de los mitannios o en la de los kafirs de Afganistán, herederos de la invasión indoaria (Mayrhofer, 1974).

Los indo-arios se asentaron al SE del Caspio, en la llanura de Gorgan, donde desarrollan una cultura avanzada, caracterizada por la domesticación del caballo y el progreso agrícola, comercial, militar y artístico, como pone de manifiesto el tesoro de Astrabad (Rostovtzeff, 1920). Pero estos indo-arios, por razones no bien definidas, se ven obligados a emprender de nuevo el camino de la migración. Entonces se dividen en dos grupos. Uno se dirige hacia el oeste y, a través de las «Puertas Caspias», alcanza Mesopotamia y luego el Mediterráneo. Estos indo-arios occidentales, en contacto con las grandes culturas, desarrollarán una potente estructura estatal, dando lugar al Imperio de

Mitanni, gracias especialmente a su elaborada técnica militar.

El grupo oriental de los indo-arios no encuentra con tanta facilidad el camino de la resedentarización. Antes bien, se ven envueltos repetidamente entre grupos invasores de nómadas procedentes de la zona septentrional del Asia Central. La arqueología ha detectado al menos tres de las estaciones de su periplo: el oasis del Kopet Dagh, Margiana y Bactriana, donde definitivamente se pierde su rastro. Sin duda lograron alcanzar el paso de Khaiber por donde penetraron a la India (Ghirshman, 1977).

4.4. La época de esplendor de Elam (de mediados del s. XIV a finales del s. XII a.C.)

Mientras el interior de Irán conoce la invasión de los indo-arios, Elam vive una de las etapas más oscuras de su historia. Habrá que esperar a la segunda mitad del s. XIV a.C. para que vuelva a aparecer en los textos mesopotámicos y ello gracias al interés mostrado por el rey casita de Babilonia, Kurigalzu II (*circa* 1345-1324 a.C.) (Reade, 1978).

Este era un rey impuesto por Assurubalit a Babilonia; pero a la muerte del rey asirio un fracaso militar contra el heredero, Adadninari I, le obligó a reorientar su deseo expansivo, esta vez hacia Elam, territorio del que ya los reyes casitas se habían desinteresado completamente.

Al parecer es el rey elamita Khurpatila, cuyo nombre es hurrita, el que desencadena el conflicto (o al menos así escribe la historia Kurigalzu II). La victoria del rey casita fue total. Susa cayó bajo su poder y allí Kurigalzu dejó abundantes monumentos que recordarán su triunfo. Uno de ellos, un fragmento de estatua, presenta la siguiente inscripción: «Kurigalzu, rey de la totalidad, que venció a Susa y al Elam, que convirtió en ruinas a Markhashi».

El control casita sobre Susiana, sin embargo, no duró largo tiempo. Babilonia estaba demasiado ocupada con su vecino septentrional, Asiria, como para prestar demasiada atención a la evolución interna de Elam. La situación fue aprovechada por un tal Ikehalki que no tuvo dificultad para restablecer una dinastía en Susa tras arrebatársela a Babilonia (*circa* 1310 a.C.). Comienza así la época clásica de Elam.

El rey más importante de esta dinastía fue Untash-Napirisha (*circa* 1265-1245 a.C.), que acaba con los restos de la presencia babilonia en Elam y consigue realizar varias campañas contra los territorios mesopotámicos controlados por Babilonia. Como consecuencia de las mismas acumula en Susa abundantes monumentos producto del botín de guerra. Además, funda una nueva capital, Dur-Untash (actual Choga Zambil, a 30 Km al SE de Susa), siguiendo los cánones arquitectónicos babilonios (incluyendo un zigurat que se ha encontrado en buen estado de conservación).

La hostilidad creciente entre Asiria y Babilonia favorece la estabilidad política en Elam. Incluso tras la toma de Babilonia por Tukulti-Ninurta I se mantiene esa situación por la oposición que presenta la ciudad conquistada a la administración asiria. Pero cuando Tukulti-Ninurta logra el control total, dirige su potente brazo contra el enemigo tradicional de Babilonia, consiguiendo la desaparición de la dinastía de Susa (aunque Diakonoff se muestra contrario a esta versión y duda de que haya dos dinastías consecutivas aquí).

No parece que hubiera una conquista efectiva asiria de Elam, pues inmediatamente después accede al trono de Susa una nueva dinastía que durante un siglo mantendrá a Elam en su máximo esplendor (*circa* 1215-1110 a.C.).

En efecto, Shutruk-Nahhunte I, tras

afianzar su hegemonía en el territorio elamita organiza una detallada campaña contra Babilonia, que podemos reconstruir con bastante exactitud gracias a las estelas conservadas en que relata su gesta. Poco a poco fue cerrando el cerco a Babilonia consiguiendo dominar, una tras otra, localidades de vital importancia económica y militar para los casitas. La capital cayó como fruta madura y el rey casita, Zababashumaiddina, fue eliminado (1159 a.C.). Shutruk-Nahhunte sometió a pesados tributos en oro y plata a las ciudades conquistadas y como botín de guerra —al igual que había hecho un siglo antes Untash-Napirisha— lleva a Susa una fastuosa colección de obras de arte, entre las que probablemente se hallaba la estela de diorita con el Código de Hammurabi. Los especialistas quieren ver en este gesto un intento de apropiación de las raíces culturales del país al que tanto debían en ese ámbito; una especie de justificación ideológica de la nueva situación militar. Pero lo que supone un giro radical en la política elamita es la intención de establecer una ocupación permanente del territorio conquistado, táctica que no va a arraigar hasta la época del Imperio Neoasirio. Esta nueva conducta va a acelerar la oposición antielamita en Babilonia en torno a Enlilnadinakhi (1159-1157 a.C.). Este debió verse favorecido por la muerte del rey elamita y se observa cierta jactancia en los textos referidos a esta época: «Enlilnadinakhi trató a Elam como país enemigo». Sin embargo, la prosperidad babilonia duró poco tiempo, pues el nuevo rey elamita, Kutir-Nahhunte III, «cuyos crímenes fueron aún mayores que los de sus padres y sus pecados más graves todavía que los de ellos», como dirá una crónica posterior, «barrió toda la población de Akad como si fuera el diluvio. Convirtió Babilonia y los lugares de culto famosos en un montón de ruinas». La imagen, pues, que tenían los babilonios de su propia suerte no podía ser más desalentadora. Enlilnadinakhi, último rey de la Babilonia casita fue conducido prisionero a Susa, acompañado de su dios Marduk, que una vez más emprendía el camino del exilio (1157 a.C.).

Ni el gobernador de Babilonia impuesto por Kutir-Nahhunte, ni el propio rey consiguen obtener un dominio eficaz en los territorios meridionales de Babilonia y su hermano y sucesor, Shilhak-In-Shushinak (*circa* 1150-1120 a.C.) emprende campañas por el piedemonte del Zagros, en el límite NE de Babilonia, arrebatándoselo de este modo a los asirios. Pero, a pesar de este triunfo, no puede impedir que las localidades de la zona se liberen inmediatamente después de la conquista, con lo que el intento de controlar la ruta comercial que, por el Diyala, alcanza Mesopotamia, resulta infructuoso. Además, estas operaciones habían distraído la atención de lo que ocurría en el interior de Babilonia que supondrá, en definitiva, el fin de la hegemonía elamita. En Isín, un jefe local, Mardukkabitahkheshu, había conseguido aunar a su entorno a cuantos estaban dispuestos a oponerse al invasor. El movimiento de liberación se extendió con rapidez y Babilonia es arrebatada a Shilhak-In-Shushinak. Comienza así un declive en Elam que desembocará en otro período de tres siglos de silencio. El último episodio está protagonizado por el nuevo rey babilonio Nabucodonosor I, que ataca por dos veces consecutivas al indeciso Hutelutush-In-Shushinak. El rey babilonio saquea las riquezas de Elam y, a partir de entonces no se conoce ninguna casa reinante en Susa (*circa* 1110 a.C.).

5. Las invasiones iranias

La indoeuropeización del altiplano iranio comenzó mucho antes de que en aquel territorio se instalasen los medos, los persas y los demás grupos iranios que van a provocar una pro-

funda transformación en la vida de Irán.

Ya se ha hecho alusión a una primera migración que, en el occidente tendrá como consecuencia el surgimiento del Imperio de Mitanni. Dos milenios después de la escisión de indo-arios e iranios, allá por el IV Milenio, éstos últimos hacen acto de presencia en la escena del Medio Oriente.

Desde el punto de vista arqueológico, su llegada está documentada por la aparición de un característico tipo de cerámica gris bruñida, por sus armas arrojadizas de bronce y los pequeños objetos de sus ajuares. El origen de estas tradiciones artesanales parece confirmar que nos encontramos ante una migración, a pesar de que la cerámica gris de Gorgan pudiera ser argüida como punto de partida de la irania. En cualquier caso, ambas explicaciones no tienen por qué ser incompatibles si tenemos en cuenta la relación étnico-cultural de los indo-arios asentados en Gorgan y los iranios portadores de la cerámica gris bruñida.

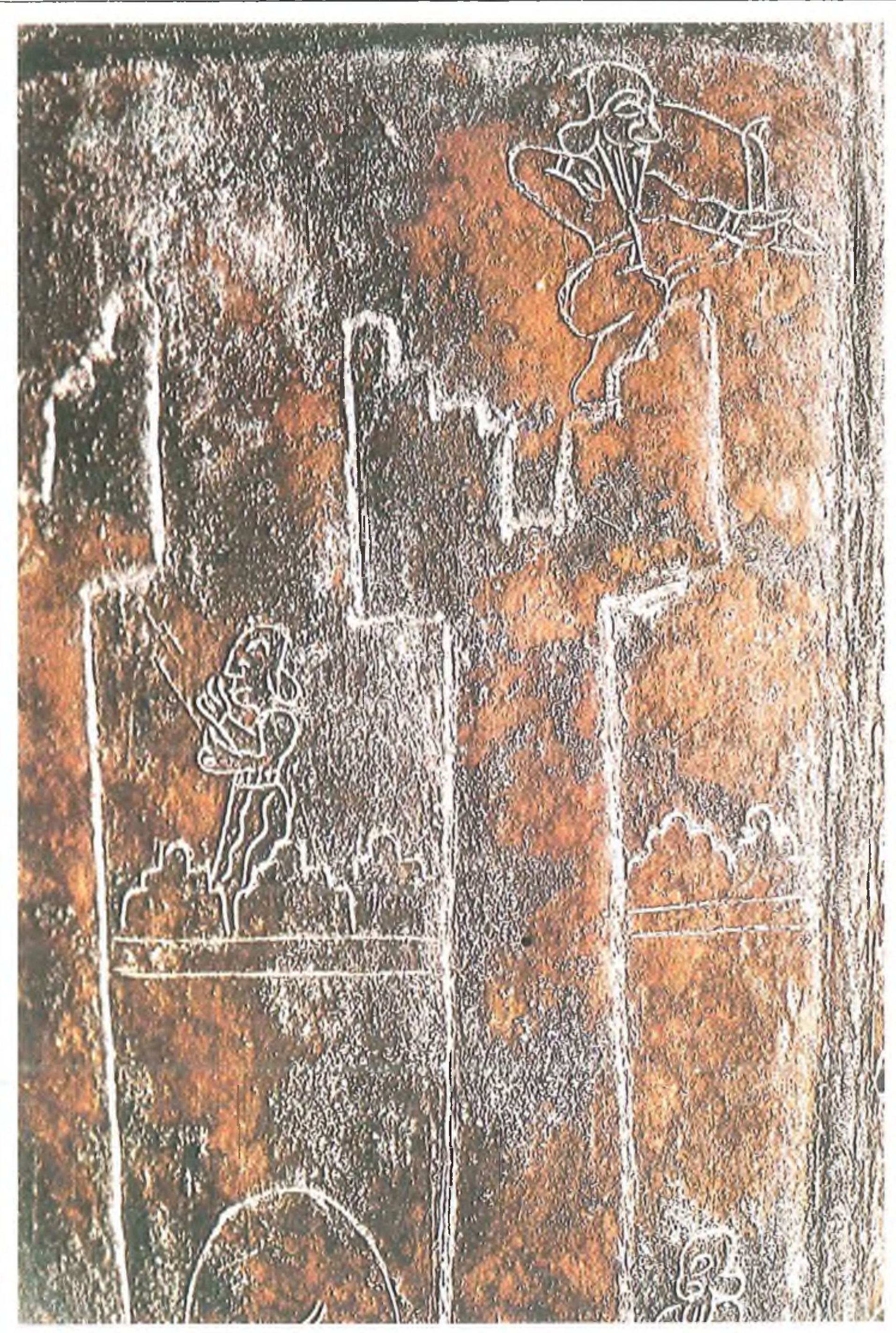


Bronce de Lumistán. Freno de caballo (Siglos VIII-VII?)

Rápidamente este tipo de cerámica se extiende por todo el Irán dando lugar a nuevos hábitats en lugares que habían conocido un abandono desde finales del III Milenio. Esta expansión, especialmente por la zona occidental se ve facilitada por el declive de Mitanni y el colapso de la dinastía casita en Babilonia. La cronología proporcionada por el C-14 permite afirmar que la reocupación de los asentamientos del este y del oeste es posterior a la del norte, lo que da idea de la dirección del movimiento que comienza a mediados del s. XIV a.C. (Dyson jr., 1973).

Al parecer, los iranios, antes de alcanzar el Caspio, se habían dividido en dos grupos. El primero de ellos atravesaría el Cáucaso, a finales del II Milenio, estableciéndose en Irán occidental, donde daría lugar a la consolidación de dos territorios, uno ocupado por los medos y otro por los persas, que no tenían población autóctona y que tal vez les habrían sido otorgados por el reino elamita.

El segundo grupo avanza más hacia el este, supera el Caspio por el norte y se establece en la orilla oriental del mar en las inmediaciones del Kopet-Dagh, aproximadamente un siglo después de que los medos y los persas se asentaran en Irán occidental. Pero los iranios orientales continuaron extendiciéndose hacia el este y el SE, como indica la distribución de la cerámica gris bruñida y alcanzan los pasos de Khaiber y Bolan, por donde entran en contacto con los indo-arios ya ins-



Bronce de Lunistán. Fortificación
(Siglo VII)
Museo Bongman. Jerusalén

talados en la India. El conjunto de estos iranios orientales puede ser reconocido bajo la denominación genérica de turanios que les otorga el Avesta, de tal modo que se puede establecer una oposición entre los iranios propiamente dichos (medos y persas) y los turanios. Ambos grupos tendrán aportaciones distintas en la configuración del mundo iranio clásico, pues mientras los medos y los persas, imbuidos por el contacto con las culturas más avanzadas de Mesopotamia, van a crear con celeridad unas estructuras estatales propias hasta desembocar en el más grande de los imperios hasta entonces conocidos, los turanios van a desarrollar con toda su pureza las formas de creación cultural irania a través de la religión, en especial el zoroastrismo, y de la poesía épica (Ghirshman, 1977).

En suma, podemos afirmar, que dos grupos de iranios hacen su entrada en el altiplano a finales del II Milenio provocando en el mismo la desaparición de la Edad del Bronce e inaugurando la del Hierro. Las tribus que componían este gran movimiento migratorio se desplazaban a pie, acompañadas por su ganado, fundamentalmente vacuno, y sus pesados carromatos. Al mismo tiempo practicaban una agricultura subsidiaria, que incidía en la lentitud del avance, al que se veían abocados por el agotamiento del ecosistema en que se instalaban. La penetración de estos nómadas, que terminan siendo demográficamente dominantes, se debe entender como un complejo proceso de límites no bien diferenciados, en el que unas oleadas superan a otras y con un mestizaje continuo con las poblaciones que encuentran a su paso, lo que difumina aún más los perfiles de su realidad histórica.

Desconocemos cómo se producen las formas de contacto con el ámbito indígena donde éste existía. Parece claro, sin embargo, que los recién llegados potencian aún más la jerarquización social, lo que tendrá como consecuencia el consumo de bienes de prestigio que haga evidente la estratificación de la sociedad. Por este motivo, en un período en que las fuentes literarias aún mantienen silencio sobre la vida en Irán, la arqueología detecta el desarrollo de actividades artesanales con avanzada tecnología, como la toréutica, en la que sin duda destacan los famosos bronces del Luristán (cuya cronología es discutida por los especialistas, que aún no han llegado a determinar quiénes eran en realidad sus destinatarios; pero —grosso modo— cabría situar estos bronces entre el s. XII y el VIII a.C.), la orfebrería, en la que destacan los vasos de oro y plata, etc. La segregación social se detecta también a través de los nuevos espacios de habitación: fortalezas, palacios y aldeas fortificadas, que tienen como función el control del ámbito rural. El mundo funerario no escapa de esta tendencia, como ponen de manifiesto las «tumbas reales» del Gilan (al SO del Caspio). En definitiva, arte, arquitectura, artesanía, etc., son testigos de la compartimentación de la estructura social en Irán desde la llegada de los invasores hasta la gestación del reino medo.

Pero conviene destacar que toda esta creación no es fruto exclusivo de la actividad desarrollada por los invasores, sino que el mundo indígena tiene una participación eficaz en todo ello, según demuestran algunos temas decorativos y rasgos no iranios en el ámbito religioso. Es aquí donde detectamos el fruto del mestizaje al que se hizo alusión más arriba.

Desde el punto de vista económico se aprecia una mejora general por dos motivos esenciales: por una parte, aumentan los ritmos de producción agrícola, que durante el período inmediatamente anterior habían disminuido considerablemente o incluso desaparecido en amplias extensiones. Las construcciones defensivas

rurales constituyen buen testimonio del interés por garantizar el desarrollo de las tareas agrícolas. Por otra parte, la explotación de los recursos mineros se reanuda con acusada intensidad, como pone de manifiesto tanto la actividad artesanal local, como la reactivación de las relaciones de intercambio de corto y largo alcance. Y, aunque de momento no se reproduce una situación tan próspera como antaño, este renacimiento económico del Irán va a propiciar una nueva etapa de relaciones con el ámbito mesopotámico. Consecuencia de ello será la reaparición del mundo iranio en los textos de los Imperios occidentales, si bien —dadas las características de esos textos— bajo la forma de campañas militares, que no pueden disimular el renovado interés de Mesopotamia por obtener de un modo u otro parte de la producción del altiplano. De este modo comienza a reproducirse la estructura económica que había caracterizado las etapas precedentes mejor documentadas.

6. Elam en el I Milenio

6.1. Los siglos oscuros de Elam (XII-VIII a.C.)

Habíamos abandonado el desarrollo histórico de Elam al concluir la época clásica o reino medio elamita, con ocasión de las campañas de Nabucodonosor I contra Susa. Tres siglos de silencio separan la época de esplendor del período neoelamita, que se inaugura con una mención del rey asirio Shamshi-Adad V en el año 821 a.C. Prácticamente nada sabemos de lo que ocurre en Elam a lo largo de esos tres siglos; por la ausencia de información en las fuentes mesopotámicas intuimos que hay un absoluto desinterés por la región. La situación interna de los estados mesopotámicos en ese momento parece justificación suficiente para tal desinterés. Por otra parte, la capacidad económica de Elam debía de estar bastante maltrecha, como consecuencia de la inestabilidad política ocasionada por la nueva oleada de invasión. Sin embargo, ignoramos hasta qué punto pudo verse afectado Elam por el establecimiento de los nuevos grupos étnicos. Los valles orientales de Elam y Anshan van a ser ocupados por los persas en un momento que no podemos precisar, pero cuando Elam reaparece en las fuentes mesopotámicas, los nuevos vecinos ya están allí asentados. No es difícil imaginar su responsabilidad en la etapa de oscuridad documental elamita, pero tampoco sería justo dejarse llevar con ligereza por ese camino, pues no podemos siquiera intuir las formas de relación de ambas comunidades durante esta etapa; aunque cabe la posibilidad de que los territorios en que se asentaron los medos y los persas les fueran adjudicados por el poder político elamita, pues sorprende que se establecieran en grandes espacios deshabitados y no en la región central, Susiana, o en otras ciudades y su entorno. Esas son las claves fundamentales sobre las que lucubrar para tratar de determinar las formas de relación entre Elam y la nueva población invasora.

Gracias a los anales de Shamshi-Adad V, sabemos que en el 821 a.C. había una guerra civil en un Estado que englobaba Parsuash (es decir, el país de los persas) y que debía encontrarse bajo la esfera política de Elam. Por su parte, los elamitas eran aliados de los caldeos en su disputa contra el rey asirio. Pero, de nuevo, se hace silencio en los textos asirios sobre Elam. En esta ocasión la causa parece evidente: a finales del s. IX a.C. se produce la expansión del reino de Urartu, que va a someter a los asirios a una terrible presión, de la que con grandes dificultades conseguirá zafarse y sobreponerse (bibliografía sobre Urartu). No es, pues, de extrañar que nuestra información sobre Elam desaparezca casi completamente durante otro me-

dio siglo. Ahora será la denominada *Crónica Babilonia* la que nos proporcione una exigua noticia correspondiente a mediados del s. VIII a.C. Esta *Crónica Babilonia,* suerte de anales de Babilonia que abarcan del 745 a.C. a la época helenística, los anales asirios y la correspondencia estatal (de finales del s. VIII al segundo tercio del s. VII a.C.) son las fuentes principales de que disponemos para la reconstrucción histórica de la época neoelamita. A ellas habría que añadir los documentos internos, algunas inscripciones neoelamitas de finales del s. VIII y comienzos del VII a.C. y un archivo de los almacenes reales, correspondiente a la última etapa de existencia de un reino elamita independiente.

6.2. La época neoelamita. Historia política

Pues bien, la *Crónica Babilonia* nos hace saber que en el año 742 a.C. subió al trono elamita un tal Humpan-nikash. A partir de él, la secuencia de los reyes neoelamitas se hace relativamente segura. El referente dinástico es un tal Humpan-tahrah, cuya cronología es imposible determinar (quizá en la primera mitad del s. VIII a.C.).

Humpan-nikash decide apoyar la candidatura al trono de Babilonia del caldeo Marduk-apal-iddin II (Merodach-baladan), lo que lo sitúa en abierta oposición al nuevo rey asirio Sargón II, que encuentra serias dificultades para controlar el poder tras su ascenso al trono. En el año 720 a.C. Humpan-nikash consigue una brillante victoria sobre el gran conquistador asirio en Der, en la ruta que une Elam con el Tigris. Pero este triunfo es transitorio. En 717 a.C. muere el rey elamita y le sucede Shutruk-Nahhunte II (717-699 a.C.), hijo de la hermana de Humpan-nikash. Este es el primer rey neoelamita del que se conservan inscripciones. En ellas aún usa la titulatura tradicional de «Rey de Anshan y de Susa», a pesar de que una generación más tarde Anshan constituirá un reino independiente. Por sus propias inscripciones sabemos que expande su territorio por el NO, lo cual estaría en consonancia con la pervivencia del conflicto entre Asiria y Elam. Resulta paradójico, sin embargo, que mientras Shutruk-Nahhunte II ocupa territorios en el NO, Sargón II expulsa en 710 a.C. a su aliado Merodach-baladan del trono babilonio. Expulsión que, aparentemente, se repite en el año 703 a.C., en esta ocasión a cargo del heredero del trono asirio, Sin-ahhe-eriba (Senaquerib). Es obvio que Merodach-baladan mantiene una actividad subversiva a pesar de su derrocamiento. El depuesto caldeo se asienta en la costa elamita, desde donde hostiga a los asirios. En el año 699, Hallushu-In-Shushinak depone a su hermano mayor Shutruk-Nahhunte II. Ignoramos cómo se interrelacionan todos estos acontecimientos que, sin duda, deben estar de algún modo vinculados. Cabría pensar que el rey asirio contribuyó en el conflicto interno elamita, pero la situación se complica cuando en 694 a.C. Senaquerib organiza una gran expedición destinada a acabar con el foco de insurrección mantenido por Melodach-baladan. Una flota compuesta por fenicios y griegos de Chipre devasta la costa elamita, mientras Hallushu-In-Shushinak toma la desguarnecida Babilonia y depone al gobernador de la ciudad, Ashshur-nadin-shumi, hijo mayor de Senaquerib, que es ejecutado en Elam. Un año después, el rey asirio obtiene una gran victoria en Babilonia central sobre las tropas aliadas elamitas y babilonias. Hallushu-In-Shushinak intenta refugiarse en Susa, pero sus habitantes se lo impiden y tras ejecutarlo instalan en el trono a su hijo Kuter-Nahhunte, que desaparecerá en 692 a.C. en medio de una insurrección general en Elam. Desde su reinado ningún monarca elamita llevará el título de «Rey de Anshan y de Susa», lo que

indicaría la pérdida del territorio de Anshan (Hansman, 1985). Le sucede su hermano menor, Humpan-nimmena, que en 691 a.C., se enfrenta al ejército de Sanaquerib en Halule, junto al Tigris. Las tropas elamitas se ven apoyadas por nómadas arameos y contingentes de los estados orientales sometidos a su esfera de influencia, entre los que se encuentran Parsuash, donde a la sazón reinaba Aquemenes, epónimo de la dinastía imperial persa. Los anales asirios señalan una brillante victoria, mientras que la *Crónica Babilonia* lo desmiente. La posible incertidumbre desaparece en 689 a.C., cuando Senaquerib derrota definitivamente a su enemigo y destruye Babilonia.

Humpan-nimmena es sucedido por Humpan-haltash I (688-681 a.C.), del que prácticamente no sabemos nada. A su muerte es posible que el país se sumiera en otra guerra civil; la sucesión de los monarcas resulta, en cualquier caso, casi indescifrable. Sólo destaca el reinado de Humpan-haltash II, que es aceptado como rey de Elam tanto por asirios, como por babilonios. Mantiene una relación amistosa con Asiria, práctica poco frecuente entre los reyes elamitas, hasta que en 675 a.C. —por razones que ignoramos— ataca a la ciudad babilonia de Sippar, ocupada por los asirios. La campaña no debió tener demasiado éxito, pues a partir de 675 a.C. el reino elamita está dividido entre dos reyes rivales. Durante el reinado de Ashshur-aha-iddin (Assurdán), los asirios aprovechan la crisis política de Elam apoyando con escasos gastos una facción favorable a Nínive. Urtaki es el rey que obtiene el beneficio asirio, pero en 665 a.C. ataca Babilonia, no logra su objetivo y desaparece poco después, en circunstancias no demasiado claras. El camino queda expedito para su antagonista, Tempti-Humpan-In-Shushinak II (663).

A la muerte de Assurdán sus hijos se enfrentan por el control del poder político, que queda en manos de Ashshurbani-apli (Assurbanipal). En 653 a.C., Assurbanipal ataca Elam y saquea Susa. Los protegidos del rey asirio son colocados a la cabeza del Estado en Elam. En efecto, Humpan-nikash II, hijo de Urtaki fue designado rey, mientras su hermano Atta-hameti-In-Shushinak ocupaba el cargo de «Rey de Susa», es decir, desempeñando la función de virrey. Para fragmentar aún más el poder y contentar al hermano intermedio, Tammarit en las fuentes asirias, hubo que crear un reino independiente en la ciudad de Hetali. En tales circunstancias los asirios abandonan Elam. Sin embargo, en Babilonia se había creado un foco de insurrección contra Assurbanipal, encabezado por Shamash-shuma-ukin, el hermano que había designado como rey de la ciudad. Este había logrado agrupar a su entorno a muchos reyes y príncipes que deseaban sacudirse la tutela asiria. Desde Media hasta Judá había países coaligados contra Assurbanipal. Humpan-nikash II aprovechó la retirada de las tropas asirias para integrarse en la coalición, pero fue depuesto por Tammarit. Este, a su vez, se mantuvo en la alianza, pero la oposición interna fue en aumento hasta que en 648 a.C. Assurbanipal realiza su segunda campaña elamita. Cuando llega a Elam se encuentra desencadenada una verdadera guerra civil en la que al menos tres pretendientes rivalizaban por el poder supremo en Elam.

Aún habría de realizar varias campañas más Assurbanipal para intentar el control de Elam y los estados vecinos. De este modo sabemos que Ciro I, abuelo de Ciro el Grande, envió tributos al rey asirio y le entregó como rehén a su propio hijo Arukku. Esta es la primera referencia histórica que tenemos de la dinastía de los Aqueménidas. En la campaña de 646 a.C. Susa conoció el mayor saqueo de su historia y una parte de su población fue deportada. El rey Humpan-hal-

tash III, hijo de Atta-hameti-In-Shushinak, fue entregado a los asirios.

Con este episodio se suele poner fin a la historia neoelamita, pero en realidad ésta continúa bajo otras dinastías. En efecto, los reyezuelos de las montañas se hicieron con el poder en las tierras llanas cuando los asirios se retiraron. Es probable que muchos de ellos fueran instalados por los propios asirios para tratar de mantener el control del territorio.

La muerte de Assurbanipal supuso el descalabro definitivo para el Imperio Neoasirio. Estalló la guerra civil y el mayor beneficiario de la situación reinante fue Nabopolasar, fundador del Imperio Neobabilónico. Durante su reinado, Elam se reunificó bajo un monarca que contó con el apoyo de Babilonia, la cual obtenía en contrapartida la seguridad de una política amistosa con Elam. Esta entente desaparece en el reinado de Nebuchadnezzar II (Nabucodonosor), con la campaña de Susa en 596 a.C., que ocasiona un nuevo saqueo de la capital elamita. Sin embargo, el rey de Babilonia estaba militarmente ocupado en otros escenarios y Elam conoce una nueva etapa de independencia política.

El aumento de poder de sus vecinos orientales obliga al reconocimiento de la supremacía de Ciaxares. En 538 a.C., Babilonia cae bajo el poder de Ciro el Grande y su territorio, al igual que Elam, se convierte en satrapía persa. Con la incorporación al Imperio Persa desaparece la independencia política de Elam, aunque circunstancialmente surjan pretendientes al trono de Susa, especialmente en los momentos de crisis sucesoria en Persia. Elam nunca volverá a ser un Estado independiente y su historia política (sin ningún tipo de protagonismo) se verá estrechamente vinculada al desarrollo histórico de los poderosos vecinos, bajo cuya tutela mantendrá una lánguida existencia.

6.3. El Estado neoelamita y su herencia cultural

Si la historia política de Elam en el primer milenio sólo la podemos reconstruir fragmentariamente, y ello gracias a las fuentes mesopotámicas, las estructuras del Estado neoelamita se nos escapan casi completamente.

Que, a pesar de las vicisitudes mencionadas, se trataba de un importante Estado, se desprende del interés permanente que le otorgan los grandes estados contemporáneos. La política mesopotámica de los reyes neoelamitas consistió generalmente en apoyar a Babilonia para contrarrestar el poder asirio, pero prácticamente nada sabemos de su política con respecto a Irán, donde distintos pueblos más o menos mezclados con las comunidades autóctonas van creando estructuras estatales cuyo peso específico va en aumento en la historia del Próximo Oriente. Ya se ha hecho alusión al sometimiento de Elam al rey Ciaxares y la posterior anexión del territorio al Imperio Persa. Sin embargo, esta anexión no debe ser entendida como la desaparición de la cultura elamita, pues Persia es en gran medida deudora de esa tradición cultural.

El elamita no desaparece como lengua hasta el s. IX d.C. Tan larga persistencia se explica no sólo por razones de índole étnica, sino también político-culturales. En efecto, el elamita es la lengua de la administración en Persia hasta el s. V. Probablemente la adopción de esta lengua para la administración se debe al hecho de que los escribas elamitas elaboran un sistema de escritura, mediante la adaptación del suyo propio, para la representación de la lengua de los nuevos señores del país, en un fenómeno análogo al que realizaron los escribas cretenses para adaptar su sistema de escritura (Lineal A), para representar la lengua de los conquistadores aqueos (Lineal B). Si los elamitas ocupan puestos en la burocracia del Estado

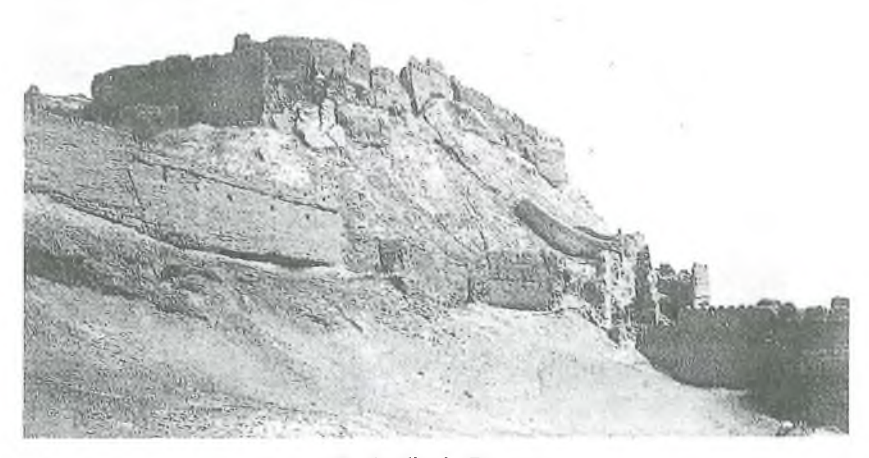
persa, no es de extrañar que su lengua se imponga como vehículo de comunicación en el ámbito administrativo. Al mismo tiempo, la razón por la cual elementos elamitas consiguen situarse en las esferas del poder persa han de buscarse en el gran desarrollo de la cultura urbana en Elam, frente a la reciente sedentarización de los iranios. Se observa que a partir de la desaparición del Estado nacional en 646 a.C., las élites elamitas buscan cobijo junto a los vecinos persas, entre los que se integran en el proceso de urbanización y estatalización. Por ello, no es de extrañar que las inscripciones más antiguas del Imperio Aqueménida están redactadas en tres lenguas: el antiguo persa, el elamita y el babilonio. Ni sorprende, dado el respeto que suscita Susa, que la antigua capital del reino elamita se convierta en una de las capitales imperiales de los Aqueménidas.

Sin embargo, el elemento étnico elamita es de escasa importancia en el complejo racial del Imperio Persa. El elamita va disminuyendo progresivamente como lengua de cultura y cede terreno ante la lengua que se impone como vehículo general de comunicación en el Próximo Oriente: el arameo. Esta lengua, que va a ser usada por la administración aqueménida en sustitución de la elamita, la desplaza no sólo en la corte, sino también en el propio Elam. En efecto, durante la época helenística, el poder seléucida es contestado desde Elimaida, que debe ser entendido como heredero cultural de Elam, a pesar de que use el arameo en sus inscripciones. Por su parte, Susa recibe numerosos colonos griegos en época seléucida, lo que contribuirá de forma decisiva a la concesión del estatuto de *polis* que le otorgan los monarcas seleúcidas. Aquí, el griego se mantiene como lengua de comunicación más habitual hasta la época parta.

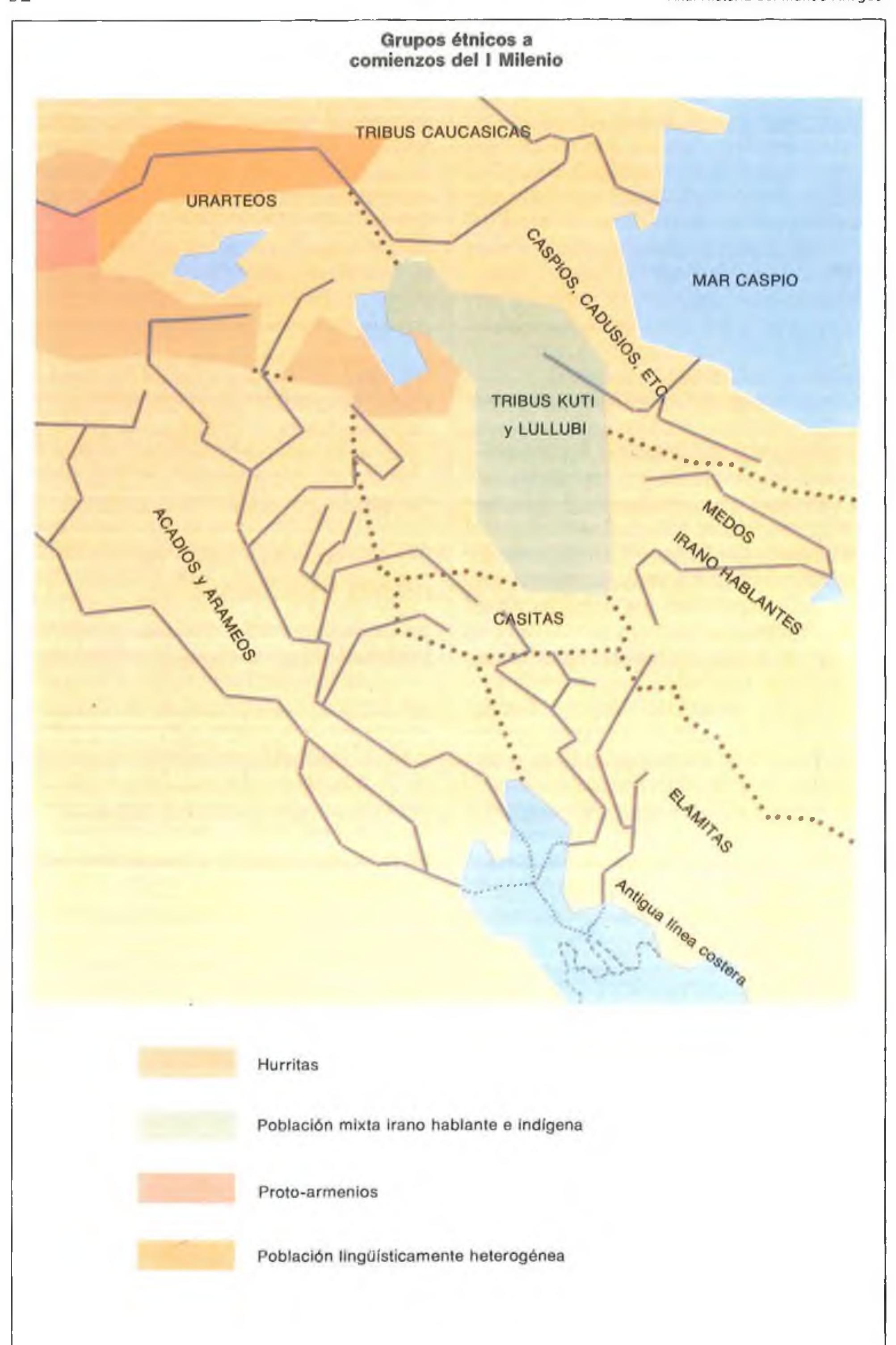
7. Media

7.1. El asentamiento de los medos y los persas

Ya hemos prestado atención al movimiento de largo alcance que condujo, en oleadas sucesivas, a aquellos grupos de pastores que, al mismo tiempo, desarrollaban una agricultura subsidiaria, hasta la meseta del Irán. Este es el momento de analizar —en la medida en que lo permiten nuestras fuentes— las modalidades del proceso de asentamiento y ocupación del territorio.



Acrópolis de Bampur


Grupos étnicos a comienzos del I Milenio
TRIBUS CAUCASICAS
URARTEOS
CASPIOS, CADUSIOS, ETC
MAR CASPIO
TRIBUS KUTI y LULLUBI
MEDOS
IRANO HABLANTES
ACADIOS y ARAMEOS
CASITAS
ELAMITAS
Antigua línea costera
Hurritas
Población mixta irano hablante e indígena
Proto-armenios
Población lingüísticamente heterogénea

Cuando los iranios occidentales llegan a la meseta la encuentran escasamente habitada. Sólo algunos oasis presentan una población permanente dedicada a la agricultura, que sólo la construcción de redes hidráulicas, mediante canales subterráneos llamados qanat, hace posible. El resto del territorio está virtualmente despoblado, aunque por él se desplazan grupos de seminómadas con un rudimentario desarrollo cultural, como pone de manifiesto su hábitat en tiendas y sus creencias chamánicas. Sin embargo, en la parte más occidental, colindante con el Zagros, la densidad de población era mayor y su nivel cultural más cercano al de los estados avanzados del Próximo Oriente, como consecuencia de su cercanía geográfica. Al SO del lago Urmia, en la región de Hansalu, estaba el país de los maneos, en el que hacia el cambio de milenio existían ya verdaderas ciudades-estado, pobladas mayoritariamente por población preirania. Aquí la diferenciación social era acusada, como pone de manifiesto el propio yacimiento de Hansalu, en el que una fortaleza —destruida en el s. IX a.C. por los urarteos— albergaba un palacio, sede del príncipe local, y las viviendas de la aristocracia; el resto de la población habitaba fuera del recinto amurallado, dedicada a la agricultura, ganadería y trabajos artesanales altamente cualificados.

En general, las poblaciones más desarrolladas estaban establecidas en torno a las rutas de acceso a Mesopotamia, por lo que el asentamiento allí de los recién llegados iba a ser más difícil que en otros lugares menos frecuentados.

Las fuentes mesopotámicas nos permiten saber que a mediados del s. IX a.C. los medos se situaban cerca de Sakiz y al sur del lago Zerihor; en el último tercio del siglo han alcanzado ya el SE del lago Urmia. Sin embargo, estas noticias no son más que meros indicativos de un proceso que a grandes rasgos se nos escapa. Es probable que ya en el s. X a.C. hubiera iranios en la región del Zagros, pero la afirmación habitual de que los persas siguieron en su recorrido a los medos no parece correcta. De hecho, los medos no aparecen como tales en las fuentes mesopotámicas hasta la campaña de Salmanasar III de 836-835 a.C., pero Parsua es objeto de mención en la campaña de 843 a.C. del propio Salmanasar III. En ambas referencias parece que nos encontramos ante poblaciones sedentarias, más que en proceso de migración, según se desprende de los términos Mada y Parsua (Frye, 1965). Sin embargo, no podemos determinar con precisión su localización. Parsua estaría en lo que denominamos Kurdistán persa, bastante al sur del lago Urmia, pero también alejado al norte de la Gran Ruta de Khorasan. Por su parte, Mada se sitúa en la parte central del Zagros, aunque parecen dispersarse por el NE hasta el monte Bikni (la montaña del lapislázuli), identificado por algunos autores con el Demavend (Dicks, 1979). Es probable que esa dispersión no sea más que el reflejo de grupos de medos rezagados que se quedaban definitivamente descolgados en la lenta progresión hacia el Zagros.

La cronología del establecimiento es muy difícil de precisar, pues la investigación arqueológica en la región es muy escasa. Por cuanto sabemos, no es posible asociar ninguna cultura material conocida con el pueblo de Parsua, pues entre el último cuarto del II Milenio y el s. VII a.C. no hay solución de continuidad en los restos de cultura material. Pero la localización de Parsua en el Kurdistán persa se hace definitiva en la época de Salmanasar III; un siglo después, durante los reinados de Tiglat-Pileser III y Sargón II, aún son mencionados en la misma zona (Cook, 1983).

Sin embargo, esta Parsua a la que

aludimos no debe ser confundida con Parsuash o Parsumash de los textos acadios, localizada en los límites de Elam, a pesar de la coincidencia etimológica y semántica. Esta última debe ser identificada, sin embargo, con Persis, deniminación griega de Parsa, actual Fars, donde surgiría la dinastía Aqueménida (Diakonoff, 1985).

El problema de la localización inicial de los persas radica en que encontramos tres regiones con similar denominación. La primera corresponde al Kurdistán persa, donde los textos mesopotámicos sitúan Parsua, entre 840 y 714 a.C.; la segunda probablemente en el Zagros, hacia Elam, pero aún no en Anshan, según indicaciones correspondientes a comienzos del s. VII a.C. y, finalmente, la tercera, Parsuash-Persis, a partir del s. VII a.C., cuando los reyes elamitas dejan de emplear la titulatura tradicional de «reyes de Anshan» (Cook, 1983).

Aparentemente nos encontramos ante un pueblo en migración hacia el sur, la secuencia cronológica así parece indicarlo. La mayor parte de los investigadores —al menos hasta hace pocos años— aceptaba esta sugerencia de los datos disponibles, como solución más obvia. Sin embargo, hay diferentes indicios que hacen sospechosa tan fácil reconstrucción. No parece probable que un pueblo se desplazase sin obstáculos por un territorio en el que existían estados organizados; pero es que, además, resulta insólito que un pueblo en migración vaya dejando su etnonímico por los distintos lugares por donde va pasando. Por otra parte, la simultaneidad de Parsua en el Zagros y en la posterior Fars hace difícil, desde el punto de vista cronológico, la tesis tradicional, que todavía queda más debilitada si tenemos en cuenta que los tributos obtenidos por los asirios no son propios de poblaciones en migración, sino de pueblos sedentarios. Por todo ello, últimamente se tiende a pensar que los persas llegaron a Irán occidental ya fragmentados, posiblemente en tres grupos, que se dividieron al alcanzar el altiplano iranio por el norte.

Problema distinto resulta determinar desde dónde llegaron cada uno de estos grupos persas. Ghirshman (1977) ha intentado revitalizar parte de la tesis tradicional al concluir que los persas penetraron por el Cáucaso. Pero otros autores (Cook, 1983; Diakonoff, 1985) sostienen que lo hicieron por el Turquestán y que al desembocar en el Dasht-i Kavir, unos se dirigirían directamente por el norte hasta el lago Urmia, mientras que otros rodearían el desierto salado por el este y que alcanzarían Irán occidental desde el este, a lo largo del extremo sur del desierto, con lo que quedaría explicada su ausencia de los textos elamitas con anterioridad a la desaparición de este reino.

En conclusión poco es lo que podemos afirmar con seguridad acerca del establecimiento de los medos y los persas en el estado actual de nuestros conocimientos. Es probable que los medos alcanzasen la región comprendida entre el lago Urmia y la Gran Ruta de Khorasan a lo largo del s. X a.C., aunque no haya constancia documental de ello por la ausencia de contactos con el mundo mesopotámico y el silencio arqueológico. Por su parte, los persas, se asentarían en grupos subdivididos en regiones diferentes, aunque el peso de la historia posterior lo tendrán los que se establecieron en el territorio de Anshan, al que rebautizarían como Parsuash, a partir de su propio nombre. Finalmente, un tercer grupo de iranios occidentales quedaría asentado en la región de las Puertas Caspias, los partos, que propiciarán el resurgimiento de la cultura irania tras la caída del Imperio Aqueménida y el paréntesis Seléucida.

7.2. Historia política del reino medo

La información de que disponemos para la reconstrucción histórica de la dinastía meda procede, esencialmente, del relato de Heródoto, algunos datos sueltos que proporcionan los anales mesopotámicos y, por último, noticias procedentes de inscripciones aqueménidas.

Es frecuente encontrar en la bibliografía una secuencia firme en la dinastía meda, pues en general se sigue a Heródoto, cuya información procedería de una fuente oral meda del s. V a.C. (Cook, 1983). Sin embargo, la realidad parece menos obvia de lo que nos la presenta Heródoto, ya que sus datos no coinciden exactamente con las fuentes orientales a las que acabamos de aludir. Por ello, es imprescindible, al menos, dejar constancia del problema.

Según Heródoto (I, 96-100), Deioces, hijo de Fraortes, fue elegido rey por los habitantes de las aldeas que componían Media. Estableció la capital en Ecbatana (actual Hamadán) y organizó la corte bajo su poder absoluto, según los cánones de las monarquías orientales. Tras un reinado de 53 años, le sucedió su hijo Fraortes, que incorporó los persas a su poder y pereció combatiendo contra los asirios en el año 22 de su reinado (I, 102).

Su hijo Ciaxares heredó el trono. Su actividad inicial consistió en organizar el ejército con arreglo al armamento, separando de ese modo arqueros, lanceros y jinetes, que antes no formaban más que una masa desorganizada (Hd., I, 103). Atacó al reino de Lidia con el que mantuvo un conflicto durante cinco años, el cual finalizó en la batalla del eclipse de sol (28 de mayo de 585 a.C.) y con un tratado auspiciado por Nabónico de Babilonia (Hd., I, 74-75).

Su reinado se vio, sin embargo, ensombrecido por la invasión de los escitas que les permitió dominar Asia durante 28 años. Ciaxares logró recuperar la independencia nacional y poco después murió, habiendo reinado 40 años, incluyendo los de predominio escita (Hd., I, 103 y 106).

Astiages, hijo de Ciaxares, recibió el reino. Casó a su hija Mandane con el noble persa Cambises y de este matrimonio nació Ciro, cuya infancia está rodeada de una leyenda similar a la de otros héroes fundadores, como Sargón de Akad, Moisés, Edipo, Rómulo o el rey tartésico Habis (Hd., I, 107-122). Este Ciro logró la escisión de los persas y posteriormente consiguió deponer a su abuelo Astiages, que había reinado 35 años. De este modo, el reino medo sucumbe ante los persas, después de haber dominado Asia durante 128 años, menos el período de predominio escita (Hd., I, 130).

Comienzan aquí las discordancias, pues la suma de los reinados por separado da un total de 150 años. Si a ellos restamos los 28 de dominación escita (incluidos en los 40 años de Ciaxares) obtenemos 122 años de hegemonía meda. Los seis años de diferencia podrían proceder de la falta de precisión en el cómputo del comienzo y conclusión de cada uno de los reinados. Desde luego, no parece correcta la apreciación de Diakonoff, según la cual el problema se soluciona si consideramos que Heródoto ha olvidado incluir el reinado de Fraortes (así, 53 + 40 + 35 = 128), pero Heródoto precisa que hay que excluir los 28 años de predominio escita (por lo menos en los códices más fiables), con lo que este intento de solución es tan poco convincente como el resto de los propuestos.

Al contrastar la información de Heródoto con la de los textos cuneiformes, la situación se complica algo más.

Sargón II deportó a un tal Daiaukku, por haber entregado el territorio de los maneos a Rusa de Urartu, en

el año 715 a.C. a Hamath en Siria. Este Daiaukku parece más un maneo que un medo y Sargón, desde luego, no le confiere una categoría demasiado grande. A pesar de ello, los investigadores aceptan en general que este Daiaukku es el Deioces de Heródoto; lo cual no deja de ser hipotético.

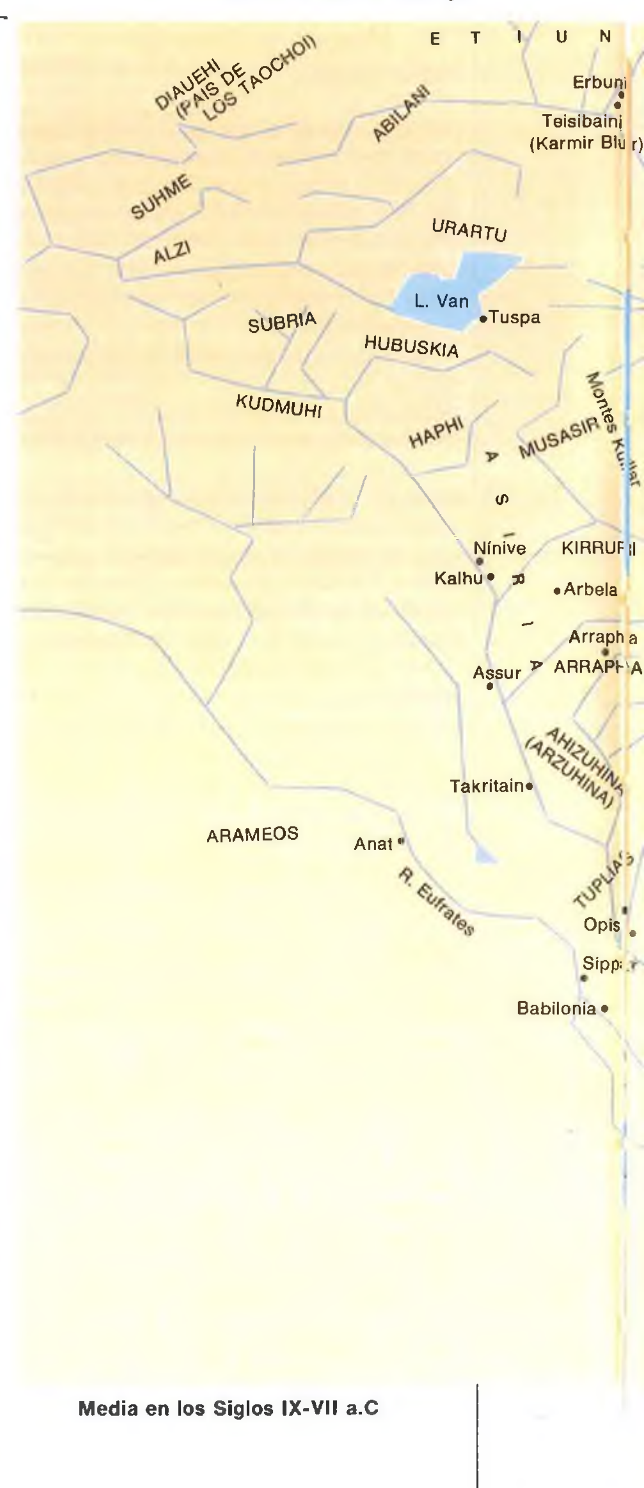
No parece que Deioces-Daiaukku llegase a unificar a los medos bajo una autoridad monárquica. Probablemente Heródoto acumula en él parte de la obra realizada por sus sucesores.

Además, da la impresión de que el primer medo capaz de organizar una coalición entre su pueblo, los maneos y grupos de escitas fue Kashtariti, al que los asirios consideran verdaderamente peligroso. Por los textos proféticos podemos situarlo hacia 674 a.C., época en que según Heródoto estaría reinando Deioces.

Este mismo Kashtariti, aparentemente, es mencionado por Darío en su famosa inscripción del relieve de Behistun (Farkas, 1985). En ella, un personaje dice: «Yo soy Khshathrita, de la casa de Huwakhshatra (Ciaxares)». Khshathrita sería el nombre propio de un usurpador que habría tomado el nombre de Fraortes (iranio *Fravarti*), atestiguado en la familia real, en el padre de Deioces-Daiaukku (Diakonoff, 1985).

Por otra parte, Fraortes, según Heródoto, muere en combate contra los asirios. Este dato es rechazado por la mayor parte de los investigadores (p. ej. Labat, 1961), pues no hay recuerdo de tal campaña en los anales asirios. Sin embargo, la muerte de Fraortes pudo ocurrir en la campaña de Assurbanipal de 653/2 a.C. (Diakonoff, 1985). Esta solución, a su vez, provoca un problema cronológico, pues según los cálculos establecidos a partir de la información de Heródoto, Fraortes habría muerto hacia 625 a.C.

Para complicar aún más las cosas, los textos mencionan en una lista de veintisiete jefes medos que rinden ho-



Media en los Siglos IX-VII a.C



L. Sevan (Gukcheh)
Maly Kurgan
ALBANI
SANGIBUTU
CADUSII
Ulhu
BARI
CASPIOS
MAR CASPIO
Tarmakisa
SUBI
Mt. Uaush
DALIANOS
L. Urmiya
GILZAN
Ulsdis
ZEKERTU
GELI
AMARDI
ANDIA
HYRCANIOS
MANNA (ZAMUA INTERIORES)
SUNBI
KARALLA
ALLABRIA
GIZILBUNDA
MADAI
Izirta
Sibar
TAPYRI
NISSA
Bustu
Ziwiye
MESSI (MEISTA?)
HARSI (HARSITA)
ZAMUA
SAPARDA
PAIS RIVULET
ANDARPATTIANU
ARIARMA?
Monte Bikni
PARTUKKA?
P. ARRA
Mts. Rua
PARSUA
ABDADANA?
Kisessu
BIT-SAGBAT
Harhar
NAMAR
BIT-HAMBAN
BIT-BUNAKI
(BIT-BARNAKI)
BIT-BARRUA
(BARUATA)
BIT-KARI
(SA NARTI)
DESIERTO SALADO
Ecbatana
(KAR-KASSI?)
ELLIPI
Fortaleza de los Babilonios
CASITAS
ARIBI (NOMADAS DEL ESTE)
PARTAKANU (PARTAKKA)
M E D I A
E L A M
R. Tigris
BABILONIA
Nippur
Susa
CALDEOS
Uruk
PERSIS (PARSA)
Anshan
Antigua línea costera
HUDIMERI?
GOLFO PERSICO
Supuesta localización de una ciudad

menaje a Sargón II a 714 a.C. a un tal Uksatar (Ciaxares), que vuelve a aparecer doce años después, cuando Senaquerib ataca Harhar en la parte central del Zagros. A partir de esta información, Sayce y Cook introducen un Ciaxares I entre Deioces y Fraortes, para lo cual encuentran apoyo en Diodoro (II, 32, 2). Sin embargo, Diakonoff rechaza esta propuesta basándose en que Diodoro comete un error en ese pasaje.

En definitiva, si Khshathrita-Kashtariti es Fraortes y Uksatar no es rey de Media, resulta innecesario ampliar la lista proporcionada por Heródoto, aunque la cronología por él transmitida no sea válida, al menos para los primeros monarcas. Desde Ciaxares la información de los textos cuneiformes y Heródoto son más coincidentes. La *Crónica Babilonia* nos hace saber que fue Ciaxares quien destruyó Nínive, en 612 a.C., y acabó para siempre con el poder asirio. El propio Ciaxares moriría poco después de la batalla del eclipse. La paz fue asegurada por un acuerdo diplomático que incluía el matrimonio de la hija del rey lidio Aliates con Astiages, hijo y heredero de Ciaxares. Este Astiages es el Ishtumegu que cita la *Crónica Babilonia* como rey de Media depuesto por Ciro.

Así pues, la dinastía meda quedaría como sigue:

aldeas fortificadas, independientes unas de otras, aunque aceptando los vínculos de relación étnico-culturales. Su propia forma de organización favorecía los éxitos militares de los asirios, que durante largo tiempo tendrán como objetivo el control de las rutas de acceso al altiplano y la apropiación de la producción de aquellas regiones.

La unificación de los medos bajo un caudillo se produce, por tanto, a causa de la presión militar de los grandes estados vecinos, no sólo Asiria, sino también Urartu y de otros más pequeños, como Man. En este sentido existe un claro paralelismo entre la instauración de la monarquía en Israel (p. ej. *Samuel*, 8, 1-20) y en Media (Hd., I, 96-101).

Los indicios de que disponemos no nos permiten asegurar que Deioces tuviera la capacidad de crear un estado monárquico en Media. Si fue él, o su hijo Fraortes, como generalmente se asume, es cuestión de escasa relevancia. Aquí interesa más destacar el carácter electivo de la monarquía meda, al menos en sus orígenes, lo que encaja bien con el tipo de organización confederal que tiene el Estado, mediante la cohesión de las tribus. En cualquier caso, conviene retener que entre finales del s. VIII a.C. y el primer cuarto del VII a.C., Media pasa de un régimen tribal a otro monárquico.

	Cronología	**Heródoto**	**Diakonoff**
Deioces	53 años	700-647 a.C.	727-675 a.C.
Fraortes	22 años	647-625 a.C.	674-653 a.C.
Dominio escita	28 años	624-597 a.C.	652-625 a.C.
Ciaxares	40 años	624-585 a.C.	624-585 a.C.
Astiages	35 años	584-550 a.C.	584-550 a.C.

Dejando al margen los problemas de la línea dinástica meda, nos interesa esclarecer los rasgos generales de la creación y expansión del reino medo.

Antes de la instauración de la monarquía, las tribus medas vivían en

La posibilidad de que ese fenómeno se produjera, probablemente estriba en los conflictos internos de Asiria a la muerte de Sargón II, que permitieron un cierto respiro a las poblaciones del Zagros.

El centro de la confederación meda

se situó en Ecbatana, donde se alzaría el palacio real, fantasiosamente descrito por Heródoto (I, 98-99).

La invasión de los cimerios y después de los escitas debió de incidir también en la gestación del reino medo. Si éstos son iranios (Diakonoff) o traco-frigios (Frey), es un problema debatido por los investigadores. Presumiblemente su presencia frenó el proceso de estatalización en Media, que hubo de ser recuperado por Fraortes.

Este parece ser el verdadero artífice del Estado medo, logrando la anexión de todos los medos al reino y posteriormente incorporando a los persas, aunque Diakonoff se opone a ello, porque la incorporación de Persia tuvo que producirse entre 640 y 560 a.C., que en la cronología de Heródoto coincide con Fraortes, pero la recomposición de fechas de Diakonoff le obliga a adjudicar tal incorporación a Ciaxares. También sería Fraortes quien lograse someter a los pueblos de Asia, hasta unos límites que no podemos precisar (Cook, 1983). Su prestigio fue reconocido por el propio Assurdán, que llegó a enviarle embajadas como a un verdadero rey. También incorporó el antiguo reino de Man, debilitado por las recientes invasiones, al igual que Urartu, cuya capital cae bajo los ataques de los asirios, agotada por los continuos enfrentamientos militares.

Sus éxitos en el campo de batalla quizá le hicieron albergar la esperanza de poder vencer a los propios asirios, pero su ataque a Nínive quedo frustrado (si es que el relato de Heródoto es verídico). A la muerte de Fraortes se produce una situación confusa motivada por la invasión de los escitas. Probablemente, Ciaxares ya era rey cuando ésta se produce, pero su reforma militar es insuficiente para contener a los invasores que van a controlar Asia durante 28 años. Algunos autores suponen que esta información transmitida por Heródoto es exagerada, ya que los anales mesopotámicos no hacen mención de tal dominio (Cook, 1983). Tampoco parece justificada la sospecha por tan débil argumento.

Sea como fuere, hacia 596 a.C. Ciaxares logra sobreponerse a los escitas y emprende con renovado ahínco la expansión territorial del reino medo; como afirma Dicks (1979), la expansión tribal dejó paso a la conquista sistemática.

La presa que ambicionaba Ciaxares era el Imperio Asirio, pero también Nabopolasar, el caldeo fundador del Imperio Neobabilónico, deseaba acabar para siempre con su antiguo señor. Hacia 616 a.C. los babilonios lanzan un infructuoso ataque contra Nínive. La causa del fracaso estriba en el apoyo prestado por Egipto, tradicional aliado de los babilonios, que, al observar la debilidad asiria paralela al peligroso incremento de poder de Babilonia, decide mantener equilibrada la balanza.

La nueva situación diplomática internacional aproxima a medos y babilonios, que hacen frente común contra el otrora todopoderoso Assur.

En 614 a.C. los medos invaden Asiria y toman la ciudad de Assur. La capacidad militar meda había aumentado gracias a la reforma del ejército que había realizado Ciaxares, en la misma línea que anteriormente habían seguido Sardur II de Urartu, entre 760 y 750 a.C. o Tiglat-Pileser III después del 745 a.C. (Diakonoff, 1985). El prestigio militar de Ciaxares le permite firmar un tratado con el rey babilonio Napolasar, cimentado con el matrimonio de una princesa meda y el heredero del trono de Babilonia, Nabucodonosor, el cual mandó construir los famosos «jardines colgantes» como escenario que pretendía emular el paisaje natural al que estaba acostumbrada la princesa meda. Los ejércitos aliados someten a un largo asedio a Nínive, que cae definitivamente en 612 a.C. El Imperio Neoasirio había desaparecido. Sus territorios son reparti-

dos entre babilonios y medos. Los primeros obtienen la baja Mesopotamia y la parte occidental del Imperio, que controlan definitivamente desde 605 a.C., cuando derrotan al ejército egipcio en Karkemish. Por su parte, los medos heredan la propia Asiria, los territorios montañosos al este del Tigris y buscarán una expansión natural por el norte, en la amplia Anatolia.

El avance por Asia Menor puso en contacto a Ciaxares con el poderoso reino lidio, al frente del cual estaba el monarca Aliates. Tras cinco años de conflicto de resultados alternos, se llegó a una paz, propiciada por la interrupción de una batalla a causa de un eclipe de sol, que ya los cronógrafos antiguos situaron correctamente, correspondiendo al del 28 de mayo de 585 a.C. La intervención del rey Nabopolasar de Babilonia fue decisiva para llegar al acuerdo de paz que establecía en el río Halys la frontera entre medos y lidios.

Ciaxares no obtenía el fruto deseado de controlar el rico reino comercial de Lidia, aunque el detonante de la guerra fuera un conflicto diplomático a propósito de unos refugiados escitas en Lidia, que no fueron entregados a Ciaxares (Diakonoff, 1985); pero a cambio conseguía un acuerdo internacional que reconocía su autoridad en la parte oriental de Anatolia, englobando los rentables territorios del desaparecido reino de Urartu.

No es posible determinar hasta dónde llegaba el reino de Ciaxares por el este. La presencia meda está atestiguada prácticamente hasta el Hindu Kush y Turquestán, pero no podemos asegurar que hubiera un verdadero control administrativo de tan alejados territorios.

Elam y Parsuash sí pertenecían al reino medo. Aparentemente constituían una única provincia gobernada por un príncipe persa vasallo, designado desde Ecbatana.

En el mismo año 585 a.C. muere Ciaxares, dejando como heredero a su hijo Astiages. También fue dilatado el reinado del último representante de la dinastía meda con sus 35 años al frente del Estado.

Su padre había llevado hasta lejanos límites las fronteras del reino y ello había producido una acumulación extraordinaria de riquezas en la capital. Esta buena situación económica permitió a Astiages emprender reformas administrativas orientadas a homologar la corte meda con las más suntuosas cortes próximo-orientales. Posiblemente la «modernización» del aparato del Estado produjo una reacción contraria en buena parte de la nobleza que veía perder algunas de sus prerrogativas personales. No sabemos prácticamente nada de la situación interna durante este período, pero algún dato aislado permite sospechar que no había gran tranquilidad política, como pone de manifiesto el matrimonio de la hija de Astiages con un noble persa, Cambises. De ese matrimonio nace Ciro, que ocupa como príncipe vasallo el gobierno provincial de Elam y Persia. Cuando este Ciro, nieto de Astiages, se subleva contra el poder central en 550 a.C., encuentra una corriente del apoyo en el seno de la nobleza meda que facilita sus propósitos.

La deposición de Astiages es el último acto de un reino medo independiente. Desde esa fecha, Media irá indisolublemente asociada a la historia de Persia.

7.3. El Estado medo

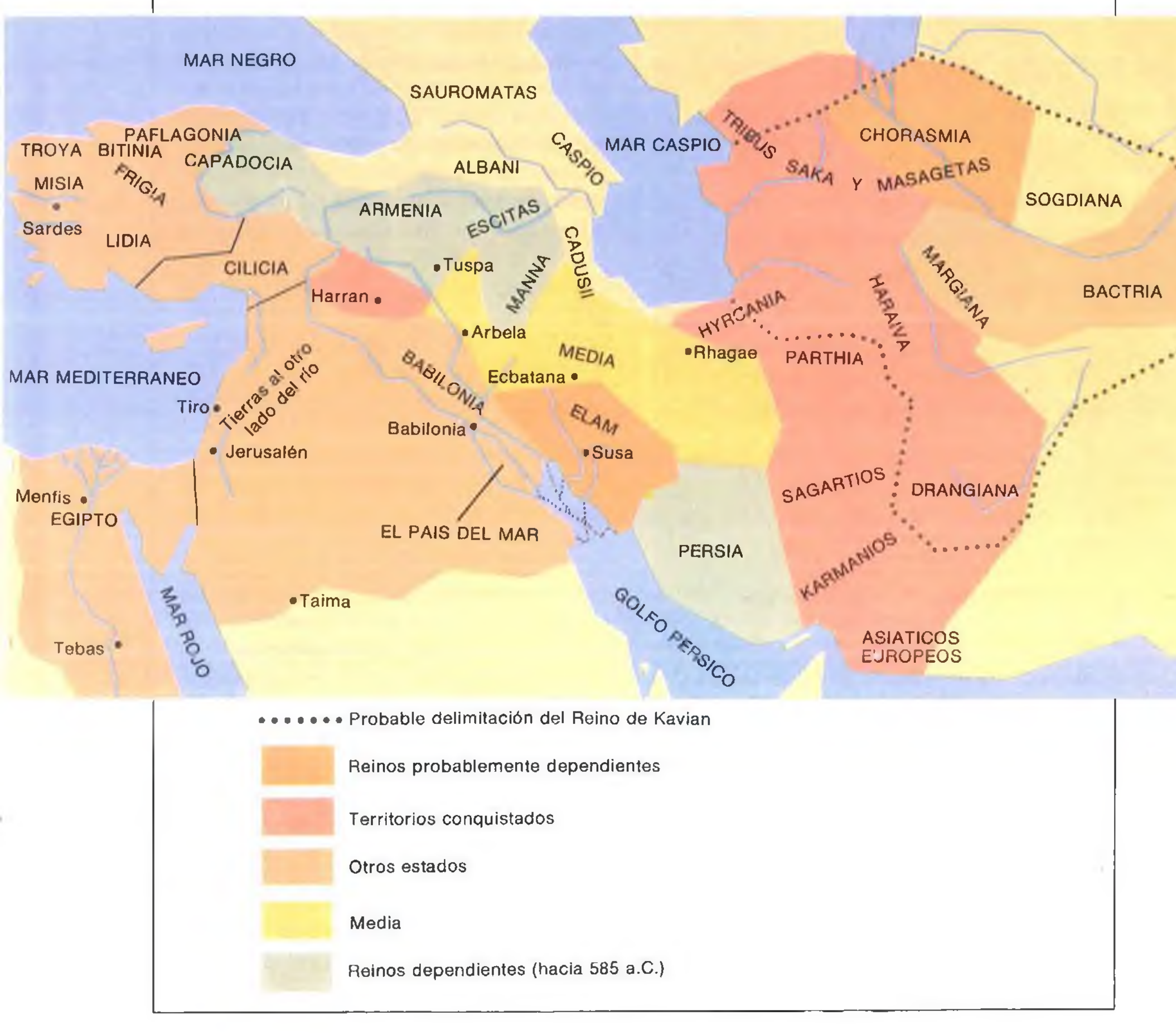
Ya hemos visto cómo en el proceso de asentamiento de los medos se produce un mestizaje con las poblaciones precedentes. Ello dificulta la caracterización de los rasgos propiamente medos y complica las investigaciones de los arqueólogos.

El yacimiento más antiguo en el que encontramos población meda es tepe Sialk. Se trata de una fortaleza ocupada por los iranios, pero que con

anterioridad había sido elamita. La necrópolis pone de manifiesto la división social desde la llegada de los nuevos pobladores. Esto nos permite afirmar que las tribus medas durante su movimiento migratorio tenían ya un avanzado proceso de estratificación social. Las tumbas más ricas cuentan con un nutrido ajuar compuesto tanto por armas como por joyas. Otro grupo de tumbas presenta características similares, pero el ajuar es menos copioso. Finalmente hay un tercer tipo de tumbas sin ajuar funerario. Se ha supuesto que las del primer tipo pertenecen al jefe tribal y su familia, las segundas al grueso de la población irania y las últimas a los antiguos habitantes de la fortaleza sometidos ahora a un régimen de dependencia próximo a la esclavitud (Osten, 1965).

Toda la región de Media parece sembrada de fortalezas con características similares, según ponen de manifiesto las constantes referencias a ellas en los anales asirios y las representaciones en los relieves que

El Imperio Medo en el Siglo VI a.C.





Necrópolis B de Tepesialia
(Siglo X-IX a.C.)

ilustran las gestas militares de los monarcas asirios.

Por consiguiente, parece que el sistema de hábitat implantado por los medos en los territorios ocupados es el de la fortaleza en torno a la cual se extiende la aldea. Cada una de estas unidades de habitación posee autonomía y controla un espacio geográfico.

Por supuesto, se trata también de unidades económicas dedicadas tanto a la ganadería, especialmente a la cría del caballo, como a la agricultura. La producción artesanal estaba asimismo muy desarrollada. Se fabricaban armas y objetos suntuarios, en los que se refleja tanto una incipiente influencia asiria, como el trabajo de las poblaciones precedentes, muchos de cuyos miembros estarían dedicados a la producción de las artesanías tradicionales. También la cerámica es fiel testimonio de la simbiosis cultural que observamos. Junto a la cerámica pintada, se mantienen los vasos más antiguos; unos y otros se intercambian formas y motivos ornamentales.

El mestizaje es evidente también en la denominación de las tribus medas. Heródoto (I, 101) menciona los nombres de las seis tribus o pueblos que componen la población global. Todos ellos reivindican ser de estirpe aria y muchos investigadores se han esforzado en intentar demostrarlo; pero lo más probable es que unos fueran indoeuropeos y otros no, según se desprende del propio análisis de los nombres, aunque ignoramos cuál es la relación entre ellos (Cook, 1979).

En cualquier caso, junto al mestizaje hay un proceso de iranización permanente y a finales del s. VI a.C. han desaparecido definitivamente los vestigios de la población pre-irania (Diakonoff, 1985).

No cabe duda de que la mezcla étnica produciría un mejor aprendizaje de adaptación al ecosistema para la población meda. Y como resultado de todo ello se observa una recuperación espectacular de la economía del altiplano, que va a provocar el renovado interés mesopotámico por la producción económica meda, manifestado a través de la reanudación de las campañas militares por la región.

Los anales asirios no dan información sobre actividades comerciales; pero las expediciones no son más que la expresión política asiria de control de las rutas comerciales y de reorien-

tación del comercio y de las actividades económicas en dirección a Asiria (Frankenstein, 1979).

Tanto por los anales, como por los relieves asirios sabemos que éstos obtenían de los medos grandes cantidades de metales, lapislázuli y, sobre todo, caballos y camellos. Los ejércitos asirios que circulaban por la Gran Ruta de Khorasan, no hacían más que reanudar en el s. IX a.C. la red de intercambios que se remonta en el tiempo hasta el III Milenio. Por su parte, los medos son los intermediarios entre Asia Central y los reinos mesopotámicos (Briant, 1984).

La capacidad de captación de la riqueza meda por parte de los asirios ha hecho pensar a Muscarella que éstos tenían un verdadero monopolio comercial con Irán.

Probablemente el deseo de eliminar la tutela comercial asiria explica el resto de la historia política que hemos descrito antes.

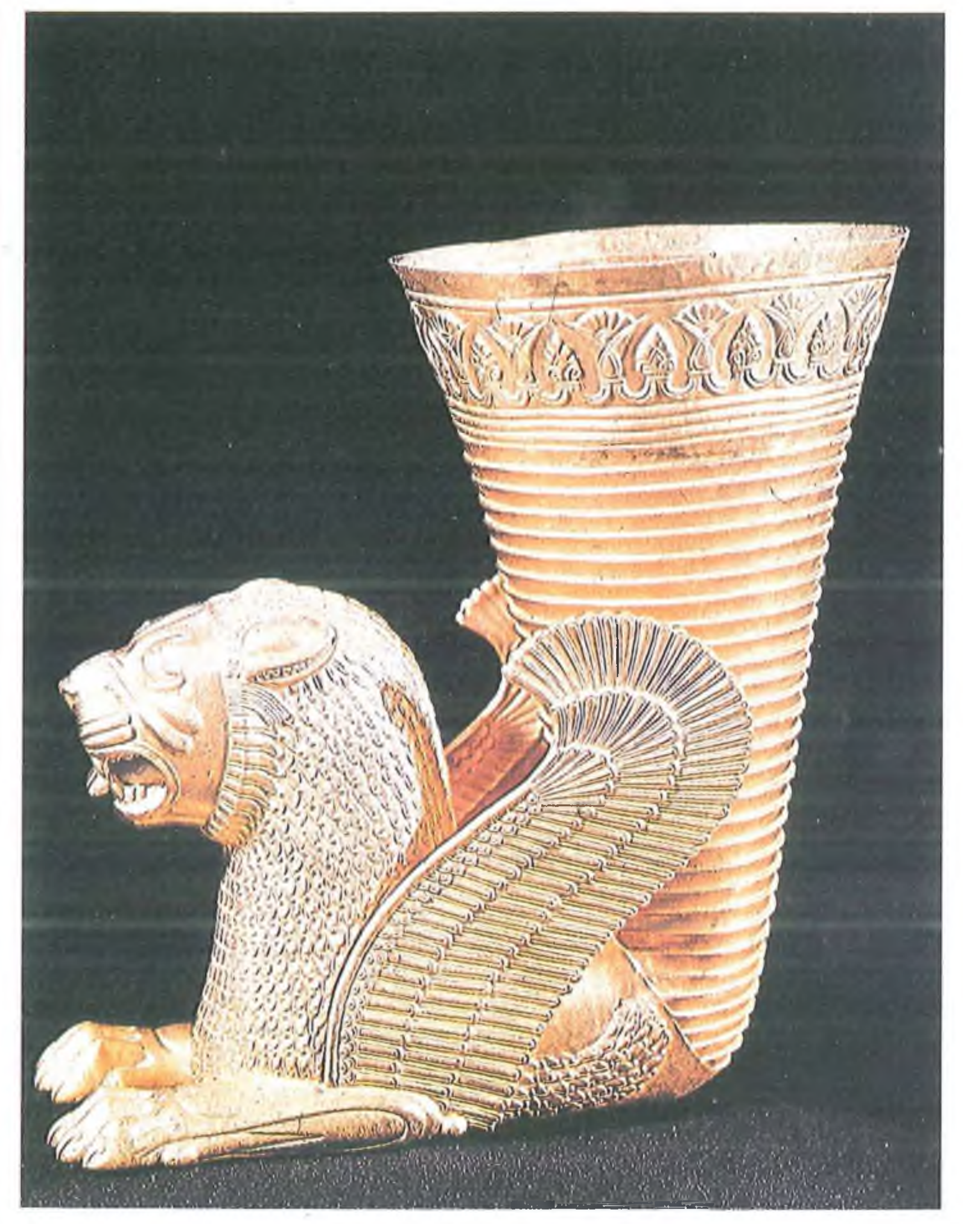
Cuando Tiglat-Pileser III (744-727 a.C.) introduce sus ejércitos en el corazón de Irán, hasta el Demavend y Dasht-i Kavir, encuentra un territorio ocupado por principados independiendientes, que aún no podemos calificar de Estados. Cada valle obedecía a un jefe local, instalado en uno de esos castillos almenados, donde se alberga el reducido ejército que lideran. Buena parte de la población, presumiblemente los autóctonos, se dedica a la agricultura. La ganadería constituye otra de las fuentes de riqueza, pero los aranceles impuestos a los comerciantes y los gravámenes sobre las transacciones de campesinos y ganaderos también proporcionaban buenos beneficios a estos príncipes que somete Tiglat-Pileser III mediante tributación, como era costumbre desde su llegada al trono.

Las disputas entre los príncipes medos debieron de ser continuas durante este período y buscaban el apoyo de los asirios para imponerse a sus vecinos. Por eso son tan frecuentes los homenajes, el envío de regalos, etc. En otras ocasiones ante la presencia asiria abandonaban sus bastiones y se retiraban a las montañas con su ganado, dejando todo lo demás al alcance del enemigo.

A finales del s. VIII a.C., los medos parecen disponer de una especie de capital, Zakruti, centro de la confederación que se estaba fraguando (Cook, 1983). Pero por esa misma época los asirios conocen aún al menos cuarenta y cinco príncipes medos todos ellos independientes. El primer intento de unificación se produciría durante el reinado de Sargón II por Deioces. A esa época correspondería la creación de la primera confederación meda, probablemente promocionada por pactos internacionales, por ejemplo con el reino de Man o Urartu. Sin embargo, el intento de Deioces no culmina y su obra es reemprendida por Fraortes.

A lo largo del s. VII a.C., los pequeños reinos que habían determinado las formas políticas en media, son absorbidos en la estructura estatal. Los antiguos príncipes van a constituir la base de la corte de Ecbatana. Si esta aristocracia acepta la pérdida de poder es por el beneficio que les reporta su nueva situación; pero a pesar de ello, la oposición de la aristocracia a la monarquía va a ser constante durante el reino medo y explica por sí sola parte de la evolución política posterior. Por el contrario, la unificación fue posible por el apoyo que los monarcas encontraron en la población no aristocrática (Diakonoff, 1985).

A partir de Ciaxares la moderna historiografía habla de Imperio Medo. El término parece correcto si se refiere a la ocupación territorial; pero desde el punto de vista de la organización administrativa sería al menos discutible. La atribución a los medos del sistema de las satrapías no deja de ser hipotética, del mismo modo que el concepto aqueménida del «Rey de reyes». El propio Frey afirma que el gobierno medo por donde quiera que



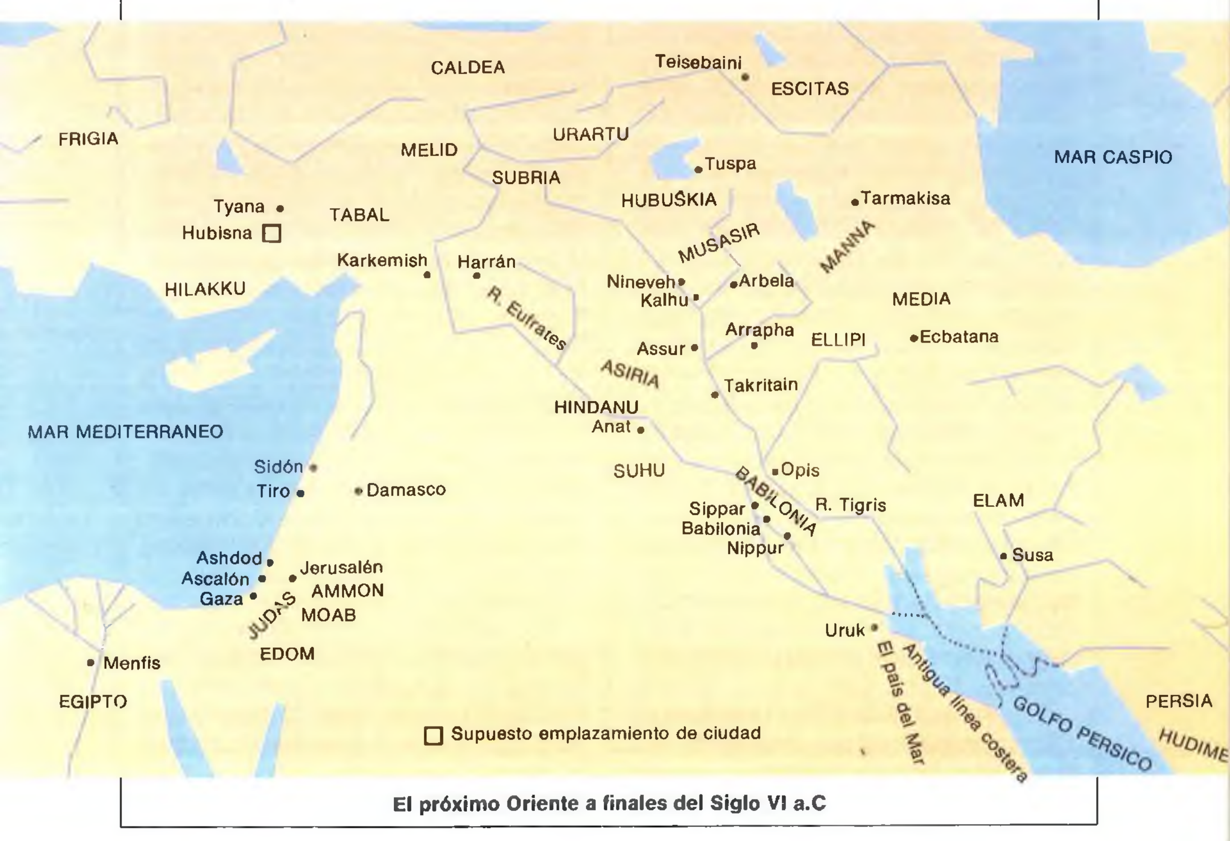
Orfebrería. Ritón de oro de Ziwiga
Museo arqueológico de Teherán

se extendiera parece haber sido más bien flojo. Desde luego, el reino medo no es una construcción elaborada y centralizada como será el Imperio Aqueménida. Al parecer, la conquista territorial no hace desaparecer las entidades locales, que mantienen una cierta independencia frente a la tutela meda. Por ello quizá sea mejor hablar, como sostiene Briant (1984), de «reinos vasallos», cuyas relaciones con el gobierno central debían de ser bastante heterogéneas. En cualquier caso, cuando Ciro se hace con el control del territorio hasta entonces sometido a Ecbatana, no tiene que construir un Imperio de la nada. La semilla para el surgimiento de un verdadero Imperio administrativo había sido sembrada ya por los medos. Los Aqueménidas no hacen mucho más que seguir la dinámica natural del proceso histórico.

8. Historia política de Persia

8.1. La configuración de la dinastía Aqueménida

Hasta este momento hemos ido describiendo nuestros conocimientos sobre el pueblo persa en unión de los otros grupos de iranios que se asentaron en el altiplano hacia el cambio de milenio. Con el establecimiento de la dinastía Aqueménida, los persas emprenden un itinerario histórico del que sin ser sus únicos artífices sí son, al menos, sus protagonistas. El punto clave, desde el punto de vista de la historia política, está en el ya mencionado acontecimiento de la deposición de Astiages por Ciro. Quizá sea éste el momento apropiado para intentar rastrear el origen del Estado persa y engarzar así con la época de Ciro (Dandamayev, 1976).



El próximo Oriente a finales del Siglo VI a.C

El proceso de instalación en el territorio de Parsuash debió de ser relativamente parecido al de los medos, aunque los persas entraron en contacto con un Estado sólidamente configurado en su frontera occidental, al que hemos prestado especial atención en páginas anteriores: Elam. Cabe la posibilidad de que los reyes elamitas adjudicasen a los recién llegados persas el antiguo territorio de Anshan, que a partir de entonces recibiría su nueva denominación de Parsuash. El control elamita sobre la región de Anshan está atestiguado, por lo menos teóricamente, hasta el reinado de Kuter-Nahhunte, que concluye en el año 692 a.C. Este es el último rey elamita que lleva la nomenclatura oficial de «Rey de Anshan y de Susa». A partir de entonces, al parecer, los persas logran establecer un poder efectivo en el suelo ocupado, lo que daría lugar al nuevo nombre de la región. En el año 648 a.C., con motivo de su segunda campaña elamita, Assurbanipal recibe tributos de un tal Kurash (Ciro I), quien entrega a su propio hijo Arukku como rehén y garante de las intenciones de los persas. Este episodio es considerado generalmente como la ruptura definitiva de Parsuash con Elam y la búsqueda de una relación de amistosa dependencia con respecto a Asiria; siempre y cuando admitamos que Ciro controlaba Parsuash y no la región más septentrional de Parsua.

Por consiguiente, podemos establecer el surgimiento del estado persa entre las fechas mencionadas de 692 y 648 a.C. La dinastía persa proclamaba ser descendiente de Aquemenes (Hakhamanish) y poseemos diversas tradiciones para la reconstrucción del árbol genealógico de los Aqueménidas, lo que dificulta su reconstrucción con exactitud (Cook, 1983).

En el cilindro de Ciro el Grande se afirma que es: «hijo de Cambises, Gran Rey, Rey de Anshan, nieto de Ciro, Gran Rey, Rey de Anshan, biznieto de Teispes, Gran Rey, Rey de Anshan». Sin embargo, Darío, que se hace con el trono a la muerte de Cambises II, en la inscripción de Behistun manifiesta ser hijo de Histaspes, hijo de Arsames, hijo de Ariaramnes, hijo de Tesipes, hijo de Aquemenes y precisa que ocho miembros de su familia antes que él habían sido reyes, por tanto, Aquemenes, Teispes, Ciro I, Cambises I, Ciro II, Cambises II, Ariaramnes y Arsames.

Tradicionalmente se venía admitiendo que Teispes había dividido el reino entre sus hijos Ciro y Ariaramnes, éste habría obtenido Parsuash y Ciro Anshan. Sin embargo, la identificación correcta entre Parsuash y Anshan hace insostenible esta solución. El problema reside en situar en un contexto cronológico los antepasados de Ciro y de Darío.

Se asume generalmente que el Ciro que rinde pleitesía a Assurbanipal era abuelo de Ciro el Grande (560-530 a.C.). Entre ellos hay un lapso de tiempo superior a ochenta años, lo que hace difícilmente veraz la información. Más dudosa aún es la genealogía de Darío. Si Ariaramnes era hermano de Ciro I, su hijo Arsames sería de la misma generación que Arukku, el cual había sido entregado como rehén en 648 a.C., sin embargo, los historiadores modernos sitúan a Arsames hacia 615 a.C. Para complicar aún más las cosas, en sus inscripciones de Susa, Darío declara que cuando accedió al trono en 522 a.C. su padre Histaspes y su abuelo Arsames aún vivían. En este caso, Darío no puede mentir dado el carácter público de su relato, pero como afirma Cook (1983) la reconstrucción de la línea Aqueménida supera los límites de la credibilidad.

Pero, siguiendo a este mismo autor, queda todavía por incorporar la información que proporciona Heródoto (VII, 11) al transmitir la genealogía de Jerjes. Según el historiador griego, Jerjes es hijo de Darío, hijo de Histaspes, hijo de Arsames, hijo de Aria-

ramnes, hijo de Teispes, hijo de Ciro, hijo de Cambises, hijo de Teispes, hijo de Aquemenes.

La dinastía Aqueménida hasta Darío según las diferentes fuentes de información que poseemos quedaría de la siguiente manera:

Cilindro de Ciro	Inscripción de Darío	Heródoto
	Aquemenes	Aquemenes
Teispes	Teispes	Teispes
Ciro	Ariaramnes	Cambises
Cambises	Arsames	Ciro
Ciro	Histaspes	Teispes
	Darío	Ariaramnes
		Arsames
		Histaspes
		Darío

Para conjugar toda esta información algunos autores han supuesto que la más veraz es la de Heródoto, de tal modo que el Ciro que homenajea a Assurbanipal sería el abuelo del abuelo de Ciro el Grande, con lo cual se resuelve relativamente bien el problema de la contemporaneidad imposible de Arakku (entregado como rehén en 648 a.C.) y Arsames (aún en vida en 522 a.C.). Sin embargo, da la impresión de que Heródoto ha provocado un doblete a partir de Teispes, siguiendo las dos líneas dinásticas de sus herederos. Si así fuera, el problema cronológico permanece insoluble y, por tanto, esta cuestión ha de quedar abierta mientras no aparezcan nuevos documentos.

En cualquier caso, se acepta en general que Aquemenes sería un jefe tribal, del clan pasagarda, que habría conducido a su pueblo felizmente hasta las proximidades de Anshan en torno al año 700 a.C. Su hijo Teispes sería el verdadero fundador del reino persa al asentarse definitivamente en Anshan. El cambio de alianza realizado por Ciro en favor de Assurbanipal frente a Elam parece síntoma de una capacidad de maniobra política propia de un gobernante autócrata, lo que equivaldría a admitir que el Estado persa estaría sólidamente constituido ya en esa época y ello a pesar de la escasa importancia de su reino. El heredero, Cambises, extendió el territorio incorporando gran parte del reino elamita, lo que le permitió adoptar el título de Rey de Anshan. La importancia creciente de Persis/Parsuash, a pesar de ser un reino dependiente de Media, probablemente fue la causa del matrimonio de Mandane, hija del rey medo Astiages, con el soberano dependiente Cambises. De esta unión de ambas líneas dinásticas surgirá el germen de la unidad de los dos reinos.

8.2. La formación del Imperio Aqueménida. Ciro y Cambises

En el año 560 a.C., Ciro sucede a Cambises al frente del reino persa (la fecha de ascensión de Ciro no es firme, oscila entre la indicada y el año 558; sobre esta última y el reinado de Ciro el Grande, Max Mallowan, 1985). Probablemente aún no controlaba la totalidad de las tribus persas cuando decide atacar a su abuelo, el rey Astiages de Media. Tras un largo conflicto, el ejército medo se pasa en bloque a Ciro, que de este modo se convierte en dueño de los extensos territorios del reino medo; es decir, obtiene un Estado que va desde el río Halys hasta el corazón de Irán. La nueva potencia despierta el recelo de los monarcas de Lidia, Babilonia y Egipto, que intentan una coalición

con los lacedemonios, pero Ciro se adelanta, atacando repentinamente al rey Creso de Lidia al que derrota en 547 a.C. El general Harpago permanece en la región con la función de someter las ciudades griegas de Asia Menor, lo que consigue en tres años, gracias a la conjunción de varios factores, como la superioridad militar persa, las disensiones internas en las ciudades griegas y la falta de apoyo de Grecia Continental. Los persas respetaron relativamente la autonomía de las ciudades, pues se conformaron con la instalación de fieles al frente de los asuntos de cada Estado, que ejercieron el poder como «tiranos». Cada ciudad-estado fue sometida al pago de un tributo y sólo Mileto recibió un trato de privilegio. La relativa facilidad con que se produce la anexión de las ciudades griegas pudo ser también consecuencia de las ventajas económicas que se dibujaban en el horizonte para los comerciantes griegos a través del inmenso mercado persa (La Bua, 1980).

Tras su victoria sobre Creso y mientras Harpago somete a las ciudades griegas, Ciro se dirige contra Nabónido, rey de Babilonia, que es vencido definitivamente en 539 a.C. Si el control de Media le había proporcionado un incipiente aparato burocrático y, sobre todo, generales altamente cualificados, la conquista de Babilonia le permite disponer de los sistemas administrativos más refinados de todo el Próximo Oriente.

La garantía de tranquilidad por el norte y el oeste deja sus manos libres para controlar las tribus del interior del altiplano y especialmente del Asia Central que aún no estaban totalmente sometidas a su autoridad. En primer lugar anexionó las tribus arias de la región del Oxus y del Yaxartes, a continuación subyugó a los partos, ya en Irán Exterior y marchó contra las tribus de Bactria, llegando hasta Samarcanda. Precisamente en la campaña del año 530 a.C. muere en un enfrentamiento contra aquellas tribus asiáticas. No tuvo la oportunidad de ver concluida la nueva capital que estaba edificando: Pasargada, en honor del clan al que pertenecía su antepasado Aquemenes.

La política expansionista de Ciro estuvo marcada por dos objetivos: la captación del rico comercio del litoral oriental del Mediterráneo —destino natural de las caravanas asiáticas— y asegurar la frontera oriental del Imperio. El control de las tribus del Asia Central tenía como finalidad tanto impedir la penetración de grupos nómadas en el Imperio como canalizar la actividad comercial de esos nómadas a través de los circuitos imperiales. Por su parte, la incorporación del reino lidio y de las ciudades griegas tendrá una tremenda repercusión en la vida comercial y cultural del Imperio Persa.

Ciro es sucedido por su hijo Cambises, quien concluye la conquista de Oriente mediante la incorporación de Egipto, tras vencer sin dificultad al faraón Psamético III en el año 525 a.C. (Salmon, 1985; Bresciani, 1985). Si desde el punto de vista militar la conquista de Egipto fue fácil, el sentimiento antipersa de la población egipcia supuso un obstáculo extraordinario para la nueva administración del país. La represión de la insurrección estuvo acompañada por una absoluta falta de tacto político, pues la destrucción de templos y la persecución de individuos no hizo sino acentuar los sentimientos nacionalistas y las actitudes xenófobas. Por otra parte, la conquista de Egipto supuso la incorporación al Imperio Persa de las ciudades griegas de Cirenaica, de tal modo que el contacto con el mundo griego se abría así desde dos frentes, el cirenaico y el de las ciudades griegas de Asia Menor.

Cambises fue mucho más exigente que Ciro en la recaudación tributaria, lo cual incidía decisivamente en el fortalecimiento de los grupos de opo-

sición, dispuestos a colaborar con cualquier intento de eliminar el opresivo sistema de dominación persa. Cambises muere en 522 a.C. coincidiendo con el triunfo de la revuelta capitaneada probablemente por un mago llamado Gaumata, según la versión de los acontecimientos proporcionado por la inscripción de Darío en Behistun, que se hacía pasar por Bardiya, un hermano menor de Cambises que tiempo atrás había sido mandado ejecutar por el rey. El impostor Gaumata/Bardiya (Smerdis llama Heródoto a Bardiya) consigue el control del aparato del Estado durante siete meses del año 522 a.C., en los cuales desarrolla una original política de relación con los territorios conquistados. Suprime el tributo y el reclutamiento durante tres años, evidentemente con la intención de sofocar los intentos de insurrección que tantos problemas habían ocasionado a Cambises. No menos sorprendente resulta la medida tomada en Irán de destruir los edificios de culto, siguiendo una tendencia de integrismo religioso que le habían imbuido los magos medos. Naturalmente estos ensayos de reformas internas conocieron una poderosa oposición por parte de los elementos cortesanos que temían perder sus prerrogativas. La solución última que encontró esta oposición fue el asesinato de Bardiya. La justificación del magnicidio se basaba en el abandono de las costumbres persas por la línea



La presencia persa en Asia Menor Occidental

dinástica y la aceptación de formas de conducta medas. En el fondo, la excusa expresa con claridad la queja de la nobleza persa: el peso de las decisiones lo llevaba fundamentalmente la aristocracia meda que había sabido situarse en las esferas de poder. Los cortesanos persas no podían soportar por más tiempo esa situación. La política de Bardiya les autorizaba a una drástica intervención.

8.3. La consolidación del Imperio. Darío y Jerjes

La conjuración contra Bardiya fue capitaneada, al parecer, por Darío, un noble persa que declara pertenecer a la familia Aqueménida, aunque su genealogía resulta sospechosa al no ser él mismo más que un usurpador que pretende haber devuelto el poder a la dinastía legítima, separada de él por el impostor Gaumata/Bardiya. Cabe la posibilidad de que la historia del advenimiento de Darío sea cierta tal y como él la transmite en Behistun; pero también es posible que Bardiya fuera verdaderamente el hermano de Cambises y que la usurpación de Gaumata sea una invención de Darío para justificar su golpe de Estado.

El derrocamiento de Bardiya fue seguido por una crisis que durante dos años mantuvo alterado al Imperio por medio de revueltas nacionalistas, levantamientos de jefes locales y conspiraciones en la propia corte. La desconexión de todos esos acontecimientos fue la fortuna que acompañó a Darío en su empeño por controlar la situación. A partir de 520 a.C., con todo el Imperio firmemente sujeto a su dominio, Darío puede dedicarse a lo que será su gran obra al frente del Estado: la reorganización de todo el aparato administrativo que sirviera de instrumento eficaz para el buen gobierno del Imperio. En general se atribuye a Darío la organización territorial del Estado en satrapías, circunscripciones enormes que disponían de amplia autonomía y que participaban mediante tributos y contingentes militares en el sustento del Imperio. El ordenamiento territorial iba, naturalmente acompañado de una serie de medidas económicas, como la creación de un nuevo sistema tributario, la consolidación de las rutas comerciales, la apertura de nuevos itinerarios terrestres y marítimos, etc. (Petit, 1984).

Pero la acción de Darío no se limitó a tareas administrativas. La actividad militar, sin alcanzar el volumen de los reinados precedentes, también ocupó un lugar destacado, pues logra la ocupación de los territorios situados al oeste del Indo, la sumisión de algunos pueblos del Asia Central y, finalmente, intenta dar una mayor coherencia a los dominios occidentales, lo que provocará una sangría incalculable para el Imperio. En efecto, desde la conquista de las ciudades griegas de Asia Menor, los sátrapas se habían conformado con ir incorporando paulatinamente otras ciudades-estados a su esfera de influencia, sobre todo siguiendo una hábil política de fomento de las querellas entre las ciudades griegas y ocupando un dudoso lugar de árbitros en unos conflictos que sólo les interesaban para ir debilitando a los griegos (Walser, 1984). Esa política en la que el soborno constituye uno de los gestos más frecuentes seguirá imperando mientras el Imperio Persa mantenga una posición hegemónica frente a los fragmentados estados griegos.

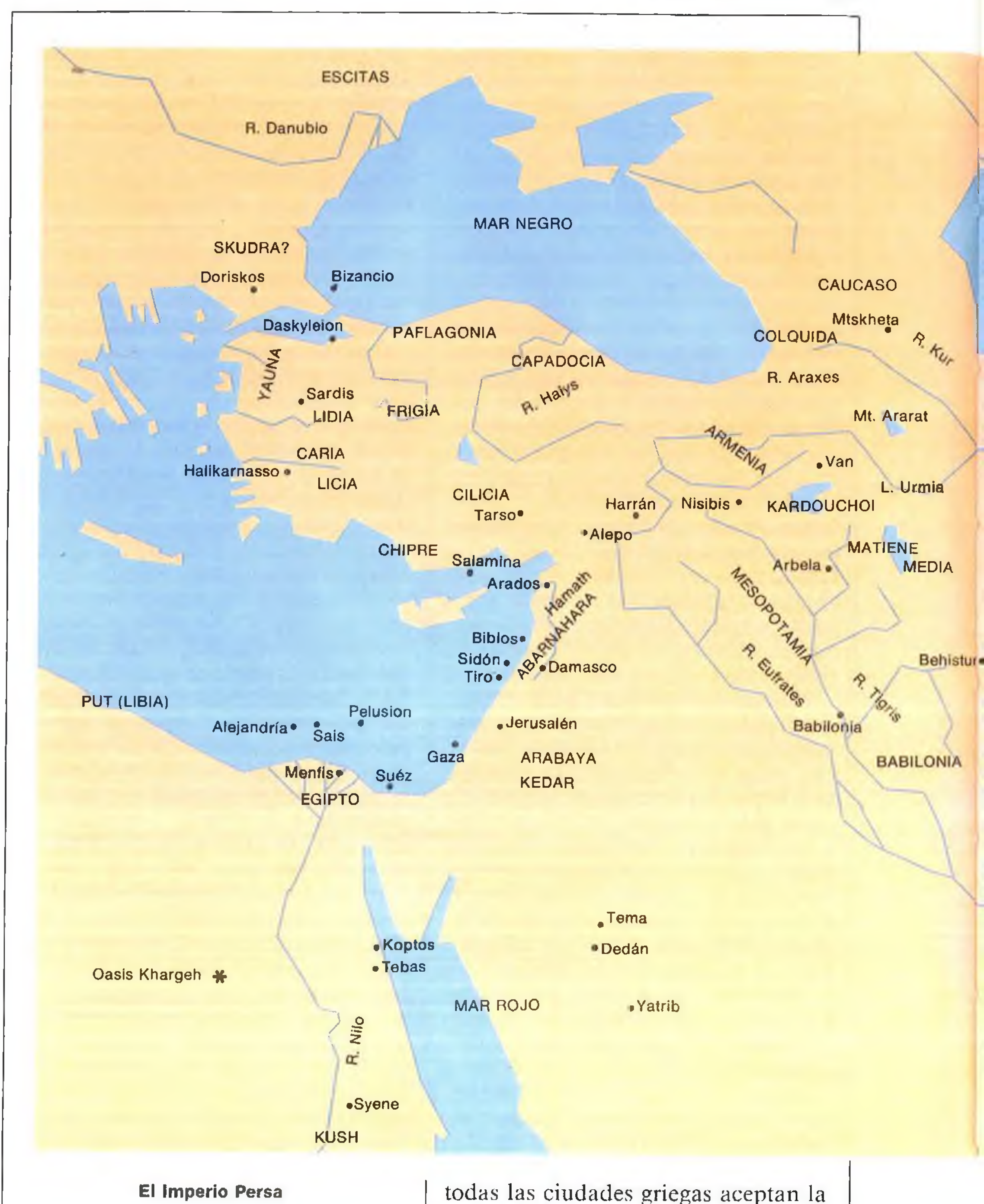
El propio Darío organiza una expedición contra los escitas de ultramar. Tras someter a los tracios orientales, continúa su campaña al otro lado del Danubio, pero se contenta con el saqueo del país y se retira encargando a sus generales la conquista del resto de Tracia y Macedonia.

La presión persa por la región septentrional de Grecia iba provocando un estado de ánimo de oposición ha-

cia el Gran Rey. Como es lógico, el movimiento anti-persa arraigó entre los sectores dedicados al comercio en las ciudades sometidas a tributación por los persas. En el fondo de la insurrección se percibe el descontento de esos sectores que no habían obtenido el fruto anhelado de la ampliación de mercados con su vinculación al Imperio y, por otra parte, la inaceptable presión tributaria a que las ciudades griegas estaban sometidas por los persas (Wallinga, 1984). La denominada «Revuelta Jonia» es el resultado de ese sentimiento antipersa, que arraigado en la situación económica, se había convertido en una forma de exaltación de la «libertad» griega frente a los sistemas despóticos de los «bárbaros» (Tozzi, 1978). La confrontación de esas dos formas de entender las relaciones de los individuos con el Estado iba a servir de base ideológica en el enfrentamiento armado que opone a griegos y persas en las denominadas Guerras Medicas (Lateiner, 1982).

No creo necesario en este momento detallar los acontecimientos que tienen lugar durante las Guerras Medicas, pues son objeto de atención en otro lugar. Pero aunque su importancia es más grande, en mi opinión para la historia de Grecia que para la de Persia, considero que no debe ser minimizado su impacto en la historia política del Imperio Aqueménida (Burn, 1985). En efecto, las represalias que suceden al aplastamiento de la «Revuelta Jonia» ponen de manifiesto que el suceso no había dejado indiferente a Darío. No sólo las deportaciones masivas de griegos de Asia Menor o la destrucción de santuarios son testimonio de la importancia concedida por el Estado persa al asunto, sino que el castigo buscado contra las ciudades de Grecia Continental y alguna isla va a tener como consecuencia la confrontación general que, por las fuentes griegas, llamamos Guerras Medicas. El fracasado de Darío se produjo por una tempestad que acabó con la empresa de 492 a.C. Dos años después, cuando Darío decide reemprender la campaña de castigo contra Grecia, el fracaso se repite, a pesar de los éxitos iniciales, cuando los atenienses se enfrentan en Maratón con el ejército persa. Atenas se jugaba allí su propia existencia y esa es precisamente la clave de su triunfo; sin embargo, no nos debemos dejar arrastrar por la historiografía griega maximalizando la victoria ateniense, al fin y al cabo no fue más que una operación secundaria, compensada al año siguiente en Paros. En cualquier caso, el peligro persa había sido temporalmente aplazado. Además la revuelta de Egipto va a distraer la atención de Darío. El aumento de las cargas militares unido a la ambición de dinastas que agitaban a la población del Delta del Nilo, provoca el recrudecimiento del nacionalismo egipcio en un grado similar al que se había conocido a comienzos del reinado de Darío. En 487/6 a.C. se produce la sublevación del Delta. Darío prepara a lo largo del 486 a.C. una campaña contra Egipto, pero muere a finales de ese mismo año, antes de concluir los dos propósitos militares en que se había empeñado: el dominio de Grecia y el aplastamiento de la insurrección de Egipto (Salmon, 1985).

Su hijo Jerjes (486-465 a.C.) aplasta la insurrección en el 485/4 a.C. y confía el gobierno de Egipto a su propio hermano Aquemenes (Heródoto, VII, 1-7). La revuelta egipcia y la confusa situación a la muerte de Darío contribuye a la generalización de los alzamientos de forma similar a los producidos en el advenimiento de Darío. Probablemente Judea tiene que ser sometida de nuevo por Jerjes y los años 484-482 a.C. se destinan a la represión de Babilonia. A partir de entonces se dedica a la preparación de la gran campaña contra Grecia que no había podido culminar su padre. Los preparativos militares son tan impresionantes que



El Imperio Persa

todas las ciudades griegas aceptan la hegemonía persa, a excepción de una treintena, que bajo el liderazgo lacedemonio deciden defender su libertad frente al bárbaro por medio de



las armas. Comienza así la Segunda Guerra Medica.

Ningún cálculo cabal habría apostado por los griegos, pero la fortuna estuvo de su lado. Tres victorias decisivas, Salamina en 480 a.C., Platea en el 479 a.C. y Eurimedonte en el 468 a.C., acaban con las pretensiones persas y determinan el desarrollo posterior de la historia de Grecia. Desde el 479 a.C.

Jerjes parece haber perdido interés por la empresa y se retrae, dedicando toda su atención a cuestiones internas, hasta su asesinato en el 465 a.C.

8.4. La decadencia del Imperio

Le sucedió su hijo Darío, que fue asimismo asesinado por quienes habían acabado con la vida de su padre mes y medio antes. Las intrigas palaciegas expresan con claridad los problemas políticos que aquejaban la corte. Otro hijo de Jerjes ocupó entonces el trono, pero tuvo que hacer frente a las pretensiones de otro hermano que gobernaba la satrapía de Bactria. Tras someterlo, Artajerjes I se ve obligado a acabar con una nueva insurrección en Egipto. En esta ocasión la capitaneaba Inaros, hijo de Psamético III, que había sido proclamado faraón por los insurgentes. Inaros solicita la ayuda de los atenienses, que responden a la llamada. Tanto la flota como el ejército persa son derrotados en el 460 a.C. Cuatro años tarda Artajerjes en recomponer su ejército y hasta el 454 a.C. no logra dominar la situación en Egipto, con la captura de Inaros y su posterior ejecución en el 449 a.C. (Salmon, 1985). Tucídides (I, 110) es nuestra mejor fuente de información para este época. La tensión entre Atenas y Persia concluye con la paz de Calias en el 449 a.C., por la que Atenas abandona cualquier pretensión sobre Chipre y el apoyo a los rebeldes del Delta, mientras Persia se compromete a respetar la autonomía de las ciudades griegas de Asia Menor. Los conflictos provinciales hicieron adoptar a Artajerjes una política original, pues en la medida de lo posible situaba al frente de los asuntos locales a dinastas, sacerdotes o aristócratas autóctonos, que interesados en conservar el poder otorgado realizaban generalmente una política filo-persa. Esta actitud provocó el reordenamiento administrativo, reduciendo el número de satrapías, en las que paulatinamente se iba consolidando una sucesión hereditaria frente a la designación real. La debilidad del poder central se pone de manifiesto también en la autonomía de los sátrapas y su dependencia más *de iure* que *de facto* en relación al Gran Rey. La sublevación del brillante general Megabizo, su fracaso y posterior rehabilitación así lo demuestran.

A su muerte en el 425 a.C., Artajerjes deja dieciocho hijos. Las intrigas familiares no se hacen esperar y rápidamente se suceden Jerjes II, que reina un mes y medio; Sogdianos, seis meses, tras haber envenenado al anterior y que perece, a su vez, por las intrigas de Darío II.

Este último se impone definitivamente tras eliminar al resto de sus hermanos. Según las fuentes griegas, pronto delegaría la actividad política en su esposa Parisátida, lo que no deja de ser sospechoso por la procedencia de la información. Durante este reinado los sátrapas Tisafernes de Lidia (Westlake, 1981) y Farnabazo de Frigia se disputaban la influencia sobre Esparta, que tras el fracaso de la expedición ateniense a Sicilia, había inaugurado la segunda fase de la Guerra del Peloponeso. En el 407 a.C., Ciro, hijo menor de Darío, obtiene un mando especial sobre la parte occidental del Imperio, con la finalidad de intervenir más activamente en favor de Esparta. El apoyo prestado fue decisivo en la victoria espartana de Egospótamos, en el 405 a.C., que supuso la capitulación definitiva de Atenas en el 404 a.C., concluyendo así la Guerra del Peloponeso. El triunfo espartano se sustentaba, por tanto, en el apoyo persa y las contrapartidas que reclama el Imperio Aqueménida tendrán como consecuencia un intervencionismo cada vez más acusado de la gran potencia en los asuntos griegos (Lewis, 1977).

Por las mismas fechas, en el 405 a.C., se produce una nueva sublevación de Egipto, que conduce a un tal Amirteo al trono de los faraones. La secesión de Egipto va a ser en esta ocasión bas-

tante duradera, pues el reino egipcio independiente pervive hasta el 343 a.C., Esto pone de manifiesto la debilidad estructural del Imperio Aqueménida por estas fechas, que va presagiando el desenlace final (Salmon, 1985).

Pero no sólo es Egipto la región sediciosa. En el mismo año 405 a.C., el propio Darío II se ve obligado a dirigir sus tropas contra Media, donde había estallado una revuelta. El Gran Rey, gravemente enfermo, muere al año siguiente.

Su primogénito Artajerjes II sube al trono, pero inmediatamente se desencadena una guerra civil, pues su hermano Ciro, que recibe el apoyo incondicional de Parisátida, pretende derrocarlo. El entresijo de este enfrentamiento lo encontramos minuciosamente descrito por un testigo presencial de los acontecimientos, Jenofonte, quien en su *Anábisis* nos proporciona uno de los relatos más apasionantes legados por la Antigüedad. La batalla decisiva entre ambos hermanos tuvo lugar en Cunaxa, en el año 401 a.C. y en ella, a pesar del éxito parcial de los mercenarios griegos que defendían los intereses de Ciro, perece el pretendiente, con lo que el camino queda expedito para Artajerjes II. No acabaron allí las calamidades para él, pues el resto de su reinado está plagado de ellas. En el 400 a.C., las ciudades griegas de Asia Menor se sublevan apoyadas por Esparta. Egipto aprovecha la situación de debilidad para imponer su autoridad en Palestina y establecer una alianza con Esparta. En el 389 a.C., además, obtiene la amistad de Evágoras de Chipre, que a su vez era aliado de los atenienses en su enfrentamiento con los persas. Esta situación insostenible propicia la denominada paz de Antálcidas, del 386 a.C., que asegura el *status quo* por el que el Gran Rey mantiene el control de Asia Menor y Chipre, pero no Egipto, lo que provoca un ataque persa en el 385 a.C. Los egipcios rechazan el ataque, pero no pueden impedir que Fenicia y Palestina pasen de nuevo a la órbita persa. La hostilidad permanece en toda la región, pero la atención del rey está ocupada entre 366 y 360 a.C. en la gran revuelta de los sátrapas occidentales, de los que únicamente el de Lidia se mantiene fiel al Gran Rey.

En el año 358 a.C. muere, octogenario Artajerjes II, a quien sucede su hijo Artajerjes III. Quince años le fueron necesarios para restablecer la integridad territorial del Imperio. Consiguió mantener bajo su dominio a los sátrapas y recuperó el control sobre Egipto tras haber equipado al más formidable ejército de su época. Pacificado el Imperio y temeroso del poder que estaba adquiriendo Filipo de Macedonia, decide prestar todo su apoyo a los grupos antimacedónicos, pero en el año 338 a.C. Artajerjes III es envenenado por el eunuco Bagoas.

El magnicida, que controla todos los resortes del poder, decide poner al frente del Estado a un personaje de escasa relevancia, Oarses, que ocupa el trono durante dos años, hasta que Bagoas considera necesaria su eliminación y sustitución por otro titular manejable. En este caso la designación recae sobre Darío III (336-330 a.C.) Pronto se cansó Bagoas del nuevo rey e intentó eliminarlo de la misma manera, pero Darío III se adelantó, induciendo al suicidio a su antiguo protector.

Sin duda alguna, lo más destacable del reinado de Darío III es la invasión de Alejandro y la desaparición del Imperio Persa. En poco tiempo habían cambiado radicalmente las tornas y el antiguo invasor se convertía ahora en presa de sus víctimas. Pero en ese lapso se habían producido modificaciones sustanciales en el ámbito helénico, que hacían posible la nueva situación. Concretamente, el viejo marco de la polis había quedado superado por nuevas formas de organización, que procedentes de una zona griega marginal dinamizaban la



Arquero

vida política de la Hélade. La unidad impuesta por los macedonios posibilitaba, en definitiva, el enfrentamiento con los persas en su propio terreno. Por otra parte, el éxito de la empresa de Alejandro se debe no sólo a su superioridad militar, que es indiscutible, sino también a la propia situación interna del Imperio Persa. La evidente decadencia política que venimos observando durante el reinado de los últimos Aqueménidas no es más que un pálido testimonio de la profunda crisis que vivía el Imperio. En efecto, había una crisis política que afectaba a la vida cortesana como consecuencia de la crisis en la vida de las provincias. La insurrección como forma más habitual de relación entre los territorios ocupados y el poder central no es más que el reflejo de una mala gestión administrativa. Y en la mayor parte de los casos el descontento está motivado por la mala situación económica. El Imperio, como estructura, consumía insaciablemente los impuestos procedentes de las satrapías. El desorbitado gasto público obligaba a imposiciones tributarias cada vez más onerosas, hasta que el empobrecimiento se hacía insostenible en los territorios dependientes. El descontento social no facilitaba las tareas administrativas y fomentaba, al contrario, los sentimientos nacionalistas. La cohesión, función primordial del aparato del Estado para su buen gobierno, había desaparecido de los objetivos de la corte. En consecuencia, faltaba todo aquello que puede hacer gobernable un vasto Imperio. Si éste se mantenía era por pura inercia y por la ausencia de una potencia antagonista. En el momento en que ésta hace su aparición, el fin del Imperio Persa no era más que una cuestión de tiempo. Lo menos importante, desde este punto de vista, es la forma en que se produce el colapso; a ello se presta atención desde la perspectiva de Grecia. Pero me interesa destacar que la forma en

que Alejandro es recibido en los diferentes territorios que habían formado parte del Imperio Persa es suficientemente significativa de la situación reinante. Si Alejandro aparece por lo general como el «libertador», es por oposición al «opresor» precedente. En tales circunstancias, la pervivencia del Imperio Persa no era más que un atentado a lo posible y el triunfo de Alejandro se perfilaba como algo inevitable.

9. Las estructuras del Imperio

9.1. La estructura económica

El fundamento económico del Imperio Persa era la explotación de los recursos naturales de los territorios que componían el Estado. La producción manufacturera, mediante la transformación de esos recursos, constituía el segundo foco de ingresos para las arcas del Estado. Otras formas de generación de riqueza eran el comercio y la actividad financiera; finalmente, los sistemas de tributación e impuestos inciden directamente en la estructura económica. A todo ello dedicaremos seguidamente nuestra atención (Briant, 1982 b).

La tierra constituye la clave de la economía nacional. Teóricamente pertenece en su totalidad al rey, pero en la práctica estaba dividida en tierras propiamente reales, incluyendo bienes raíces, minas y bosques, y por otra parte, señoríos, ocupados por gobernadores locales o tribus, sobre los que el rey tenía control nominal. Esta segunda categoría era la más frecuente. Las concesiones reales de tierra estaban relacionadas con las obligaciones militares de sus súbditos. La vinculación del ejército y la tierra estaba asimismo garantizada por el establecimiento de colonias militares en los territorios conquistados, especialmente en Egipto y Asia Menor. Los señoríos estaban agrupados de modo que constituían verdaderos distritos tributarios, en los que paulatinamente la economía monetaria fue sustituyendo los primitivos sistemas de recaudación en especies. En aquellos lugares donde los templos habían desempeñado una importante función económica, como Babilonia, continuaron teniendo la tarea de centros de recaudación de impuestos. La pequeña propiedad ocupaba un lugar relativamente importante, especialmente en algunos territorios como Persis, pero la forma habitual de propiedad de la tierra era el latifundio. Su explotación se realizaba mediante campesinos libres y siervos, frecuentemente adscritos a la tierra; mientras que el terrateniente solía ser absentista. Los administradores ejercían el control de la explotación, lo que provocaba permanentes conflictos que contribuían al malestar y, en definitiva, a la inestabilidad social que paulatinamente minaba las bases del Imperio.

Pero no era la agricultura el único recurso natural explotado. La ganadería desempeñó una función económica de gran importancia en el Imperio, pues constituía una de las bases alimenticias y se destinaba también a la cría de animales de transporte o con fines militares, camellos, dromedarios, caballos, etc. La caza y la pesca cubrían la doble función de actividad recreativa para la aristocracia y principal recurso nutritivo para los estratos inferiores. Existió una explotación de pesquerías a gran escala en el Golfo Pérsico, en el Tigris y el Eufrates y en Egipto, lugares donde florecían las industrias de salazones. Finalmente, la riqueza forestal y minera era también explotada en beneficio del Estado.

Distintas industrias y trabajos artesanales florecían tanto en torno a la corte, como en las sedes de los gobiernos provinciales (Moorey, 1985). El bienestar económico de ciertos segmentos sociales favoreció el consumo

de bienes de prestigio, especialmente la producción de los orfebres y algunos textiles suntuarios. Sin embargo, existía otra producción a gran escala de tejidos de algodón, lana y cuero accesible a elementos de la población no necesariamente aristocrática. En estos centros el trabajo de artesanos no libres constituía la principal fuerza productiva. El equipamiento del ejército, la construcción naval y otras actividades de importancia similar ocupaban una abundante mano de obra, costeada en gran medida por las arcas del Estado, que a su vez se nutría de las recaudaciones tributarias a que estaban sometidas las administraciones locales, los productos y los individuos.

La industria privada requería en muchas ocasiones la inversión de capital que se obtenía mediante créditos, que proporcionaban entidades públicas o privadas. Su existencia estaba garantizada asimismo por la necesidad del traslado de capital, por ejemplo entre los terratenientes absentistas, o las inversiones a que se veían obligados los pequeños propietarios de tierra que requerían préstamos garantizados por sus propiedades personales. Entre los centros de crédito públicos cabe destacar los templos y las tesorerías reales. El florecimiento de la banca privada pone de manifiesto que la actividad mercantil era extraordinaria en el Imperio Persa, que la demanda de capital era abundante y que, en general, los tipos de interés eran asequibles para quienes hacían uso de estos servicios. Pero también permite inferir que el Estado no se hacía cargo, con la suficiente desenvoltura, de las necesidades de crédito y efectivo que requería la población.

Por otra parte, el sistema tributario en el Imperio Persa era muy complejo. El gasto público requería una presión fiscal muy acusada, que provocó una incesante inflación (aunque no poseemos una información detallada sobre evolución de precios) que, en definitiva, constituiría una de las causas profundas de la caída del Imperio. Darío estableció las bases del sistema de financiación del Estado. Este se basaba fundamentalmente en los tributos entregados por las administraciones provinciales, que estaban gravadas según cálculos detallados de su producción. Es decir, que la generación de riqueza de cada satrapía se estimaba de antemano y en función de esa estimación había de contribuir al fisco. Ahora bien, la relación del poder central con cada satrapía podía modificar arbitrariamente su participación fiscal; el caso más significativo quizá sea el de Parsua que, por ser cuna de la familia Aqueménida, estaba prácticamente exonerada (Heródoto III, 97). Conocemos bien la participación de muchas satrapías, lo que permite saber la salud económica que tenían. Asiria y Babilonia eran las más gravadas, seguidas de lejos por Egipto. Media, por ejemplo, sólo pagaba la mitad que Asiria y Babilonia. Las satrapías más pobres no alcanzaban una sexta parte de la contribución de las más ricas.

Junto a la contribución territorial, determinadas actividades soportaban los gastos del Estado. El desplazamiento de bienes (portazgos, impuestos portuarios, etc.), el cambio de titularidad de bienes (herencias, ventas, etc.) e incluso la mera propiedad (ganado, esclavos y otros) estaban sometidos a impuestos, que oscilaban por lo general en torno al veinte por ciento. Los pagos se realizaban habitualmente en especie; aunque existía la moneda (Bivar, 1985), introducida desde Lidia, la economía persa no era monetaria. La acuñación de moneda tuvo esencialmente una función propagandística y de prestigio, destinada a difundir determinados símbolos imperiales y a competir con las monedas griegas en los mercados internacionales.

9.2. La estructura social

Por lo que respecta a la estructura social, el mundo persa no presenta sustanciales diferencias con respecto a otras sociedades antiguas. En principio se puede establecer una división entre dominantes y dominados. No necesariamente todos los individuos de estirpe indo-irania pertenecen al primer grupo, ni tampoco éste está compuesto exclusivamente por ellos. Hemos hecho continua alusión al proceso de mestizaje de los invasores iranios y las poblaciones precedentes. A ello hay que añadir la incorporación de antiguas aristocracias locales a las tareas de gobierno y administración durante la etapa de formación del reino persa. En consecuencia es muy difícil establecer una línea de demarcación estrictamente étnica. Sin embargo, hay que admitir que mayoritariamente el grupo dominante estaba compuesto por individuos de estirpe irania. De todas formas no es ese el criterio social que más interesa destacar, sino la constatación de la existencia de dos grupos diferentes en función del papel social que desempeñan. El complejo aparato estatal persa estaba sustentado por una administración ramificada que convergía en un núcleo rector centralizado. Sus componentes estaban especializados en las actividades no productivas y su sustento estaba garantizado por los excedentes acumulados, que eran desigualmente redistribuidos entre los distintos grupos sociales. Por su parte, los dominados eran básicamente las poblaciones conquistadas. Su función era exclusivamente la producción y carecían de participación en las decisiones que afectaban a la vida colectiva.

Naturalmente, ninguno de estos dos grupos era homogéneo en su seno. Entre los dominadores existía una jerarquización habitual en todas las sociedades complejas; mientras que la situación jurídica y económica de los dominados permite establecer entre ellos una variada gama de posibilidades. En relación a la situación jurídica, cabe distinguir entre hombres libres y esclavos, esencialmente, aunque está atestiguada la existencia de un grupo intermedio de gente adscrita a la tierra, pero con personalidad jurídica. La situación de los individuos dentro de cada grupo depende de la actividad laboral que ejerce, la persona o institución de que depende, sus retribuciones —si las tiene—, etc. Todo ello determina las categorías internas dentro de cada grupo.

En definitiva, pues, la sociedad persa está muy jerarquizada con una nítida distinción entre una minoría privilegiada y una inmensa mayoría con diferentes estatutos jurídicos que van desde el propietario libre hasta el esclavo, pasando por libres dependientes y otras situaciones intermedias, que constituyen la base del sistema de producción.

10. La organización del Estado

El sistema de organización del Imperio Persa no es una realidad estática; su dinamismo está vinculado a la propia evolución del Estado. Por ello, no es igual el aparato burocrático de la época de Ciro el Grande o Darío. A este último se atribuye la creación de un instrumento de administración eficaz para las necesidades surgidas con la incorporación de los territorios conquistados. Sin embargo, es probable que no todas las reformas conocidas sean obra de Darío. Lo que nadie discute es el equilibrio que logra entre la administración territorial, con un grado de autonomía considerable, y la administración central, capaz de mantener un control efectivo sobre la totalidad del Imperio.

El rey es la máxima autoridad del Estado y su más legítimo representante. Su poder está basado en la consideración de que la divinidad se lo

El Imperio Aqueménida

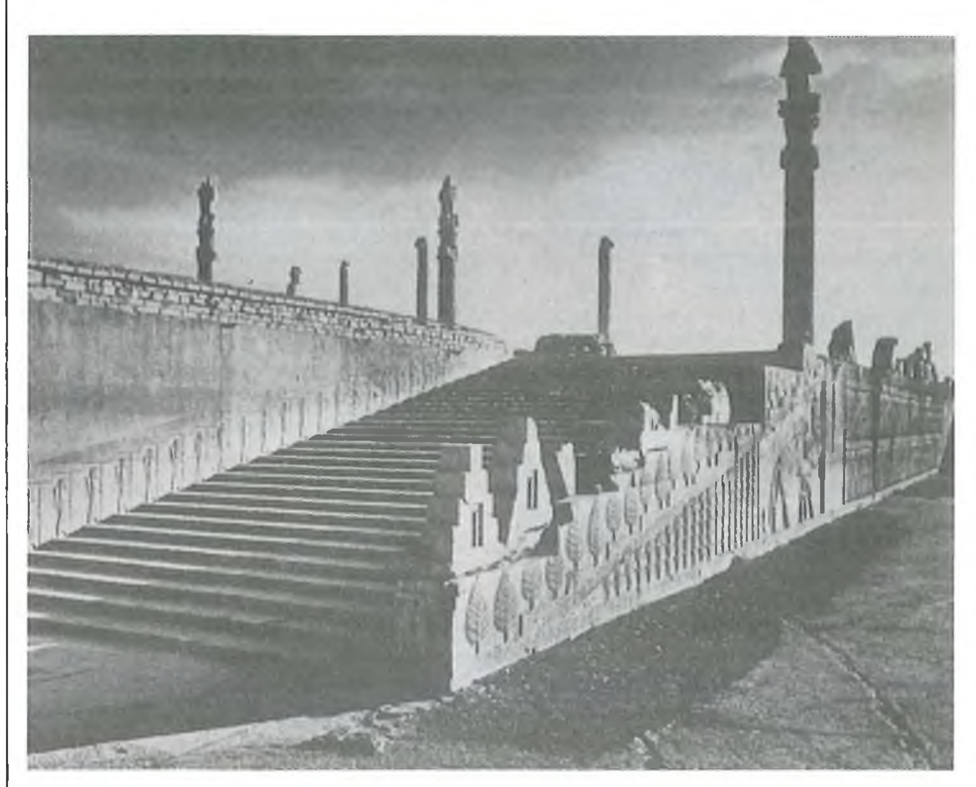



MAR ARAL
MASAGETAS
R. Yaxartes (Syr Darya)
SAKA HAUMAVARGA
CHORASMIA
Khiva
FARGHANA
MAR CASPIO
Kyreschata
R. Polytimetos
SAKA TIGRAKHAUDA
R. Oxus (Amu Darya)
SOGDIANA
Maracanda
Antiguo brazo del Oxus
BACTRIA
Marv
Zariaspa?
MARGIANA
HIRCANIA
Zadrakarta
UVARAZMIY?
Mt. Paropamisos (Hindu Kush)
GANDARA
Kabul
Charsadda
KADOUSIOI
AMARDOI
Mt. Elburz
Rhagae
Shahr-i Kumis
Artakoana
Puertas Caspias
PARTIA
AREIA
Agbatana
R. Arachotos
R. Etymantos
R. Indo
ARAITAKENE
ARACHOSIA
Aspadana (Ispahan)
DRANGIANA
Beste
Kandahar
Susa
Dahan-i Ghulaman
(SEISTAN)
THATAGUSH?
HINDUSH
OUXIOI
Murghab
Persépolis
Shiraz
MARDOI
Niriz
Taoke
Furg
Karmana?
R. Indo
PARSA (PERSIA)
KARMANIA
Harmozia
Pura
GEDROSIA
GOLFO PERSICO
MAKRAN
Pattala
MAKAI

ha otorgado, lo que constituye una innovación sustancial con respecto a las creencias originales de los indoiranios, cuyo líder era elegido y, por tanto, no poseía un poder delegado de la divinidad. La influencia de las concepciones próximo-orientales sobre la monarquía es evidente en la consolidación de la realeza persa, a través de la sanción religiosa, que la convierte en una monarquía sacral (Frye, 1965). Frente a las prácticas habituales de los antiguos imperios, los monarcas persas no se presentan como representantes exclusivos de su divinidad nacional, sino que logran la fidelidad de las aristocracias locales mediante la integración de sus panteones de cada territorio conquistado. Tal política será retomada, con mayor habilidad, por el propio Alejandro, que se verá beneficiado en ella por el continuo deterioro de las relaciones entre el poder central persa y los grupos sacerdotales de los países sometidos. Sin embargo, durante la época de plenitud del Imperio, la tolerancia fue la tónica general en la conducta de la monarquía persa y ello produjo la habitual oposición por parte del clero iranio, que alcanzaría su punto más enconado en la supuesta usurpación de Gaumata.

La administración central estaba en manos de aristócratas, por lo general de origen iranio; pero en los puestos intermedios había burócratas de diversas procedencias, babilonios, judíos, egipcios e incluso griegos que también ejercían actividades profesionales al margen de las puramente administrativas. A diferencia de otros Imperios, el persa no tenía una sola capital. La corte era itinerante, debido quizá a la necesidad del control efectivo de tan vasto territorio, quizá también por factores climáticos y, sin duda, por la falta de tradición de capitalidad entre los pueblos indo-iranios, asociada al prestigio de muchas de las ciudades que habían sido incorporadas. Las fundaciones de nueva planta pudieron competir con las antiguas capitales, pero no anularlas. La universalidad, como mensaje ideológico de la monarquía persa, encajaba mejor con el mantenimiento del prestigio de aquellas ciudades que en otro momento habían sido de algún modo capitales de imperios; este sistema de integración era perfectamente coherente con la política desarrollada por la dinastía Aqueménida. Susa, Babilonia, Ecbatana, Pasargada y Persépolis se repartían las funciones de la capital, ofreciendo así una imagen de unidad entre los distintos Estados que configuraban el Imperio (Cook, 1985).

En cuanto al gobierno provincial conviene destacar que sólo es parcialmente original. Probablemente el reino medo había proporcionado ciertas bases para el comportamiento del Imperio Persa, que además contaba con la tradición de los imperios precedentes, por ejemplo Asiria. Por cuanto sabemos, la mayor novedad que introduce la administración persa es el raro equilibrio entre la gran autonomía de las satrapías y el carácter centralista y autocrático del gobierno central. Desde el punto de vista administrativo esa es la gran aportación de la reforma que lleva a cabo Darío, sin duda necesaria después de la rebelión de Gaumata (Heródoto, III, 89). En general, las satrapías constituían verdaderas unidades culturales y económicas, lo cual facilitaba las tareas de la organización de la defensa y de recaudación tributaria (Dicks, 1979). Cada sátrapa era un verdadero rey en su territorio: administraba justicia, poseía todo el poder político y era el comandante militar; su autonomía sólo se veía limitada por la obligación de informar al Gran Rey sobre el ejercicio de su administración y hacer llegar al tesoro imperial la contribución de su satrapía. Normalmente los sátrapas eran miembros de la familia imperial designados para el cargo por el Gran Rey. Su función



Escalera de la apadama de Persépolis

podía ser temporal o vitalicia, pero paulatinamente se fue convirtiendo en una heredad, lo cual disminuía el poder del Gran Rey y era fuente generadora de conflictos (Cook, 1983).

Naturalmente, el instrumento de que disponía el Gran Rey para el control efectivo del poder era el ejército. Este en sus orígenes estaba compuesto exclusivamente por guerreros persas, que habían logrado la victoria sobre el ejército medo. La creación del Imperio modifica sustancialmente la composición del ejército, en el que se incorporan tropas procedentes de todos los territorios. Cada satrapía contaba con su propio ejército y sólo expediciones extraordinarias requerían la acumulación de varios cuerpos de ejército. Por tanto, el sistema defensivo no estaba basado en el desplazamiento de las tropas, sino en las guarniciones locales de cada satrapía, capitaneadas sistemáticamente por medos o por persas. Junto a los ejércitos locales había cuerpos de élite, compuestos por medos y persas, que protegían los puntos estratégicos a lo largo y ancho del Imperio. El corazón del Estado estaba protegido por un cuerpo de ejército especial, conocido como los «Inmortales». Era la guardia personal del Gran Rey, integrada por 10.000 soldados procedentes de Persia, Media y Elam, contingente elevado como guardia personal, pero insignificante ante los 360.000 hombres que componían el ejército regular, a los que habría que añadir las tropas mercenarias, entre las que destacaban, por su eficacia, los griegos.

Este Imperio tan heterogéneo requería un sistema legislativo de gran capacidad operativa. En sus inicios,



Las provincias occidentales del Imperio Aqueménida

la legislación era tan heterogénea como la composición del Estado, pero poco a poco se fue simplificando. No sabemos si llegó a existir un código de leyes en el Imperio; hasta ahora no ha sido descubierto y constituye un tema debatido por los especialistas. Es probable que la capacidad del rey para crear leyes dificultara la redacción de un código similar a los que conocemos del Próximo Oriente y que, por tanto, el Imperio Persa sea, en este sentido, análogo al Egipcio. Por la práctica judicial sabemos que las sentencias solían ser severas, incluyendo la condena a muerte, la mutilación o el destierro. Los delitos más graves eran los que atentaban contra la integridad del Estado o del monarca, la corrupción judicial también era severamente castigada y ello a pesar de que la función de juez era aparentemente hereditaria, lo que facilitaría una cierta connivencia. Junto a la legislación emanada por voluntad



real, muchas provincias siguieron contando con sus propias legislaciones, que afectaban sobre todo a la vida cotidiana.

11. La religión en el Imperio Persa

Esta exposición somera sobre el Imperio Persa concluirá con una aproximación a la supraestructura ideológica que proporcionaba un marco de referencia general para el Estado. Es imposible abordar en toda su complejidad el problema que plantea este apartado, puea sería necesario tratar la religión de los indo-iranios, la reforma de Zoroastro, la política religiosa de los Aqueménidas y, por último, la evolución de los distintos sistemas religiosos de los países integrados en el Imperio.

En primer lugar habría que distinguir las creencias religiosas de los Aqueménidas (y de los iranios en general) y su política religiosa. El sistema religioso que les era propio constituye la base ideológica del aparato



Asa en forma de íbice alado
(Siglos VI-V a.C.)
Museo del Louvre

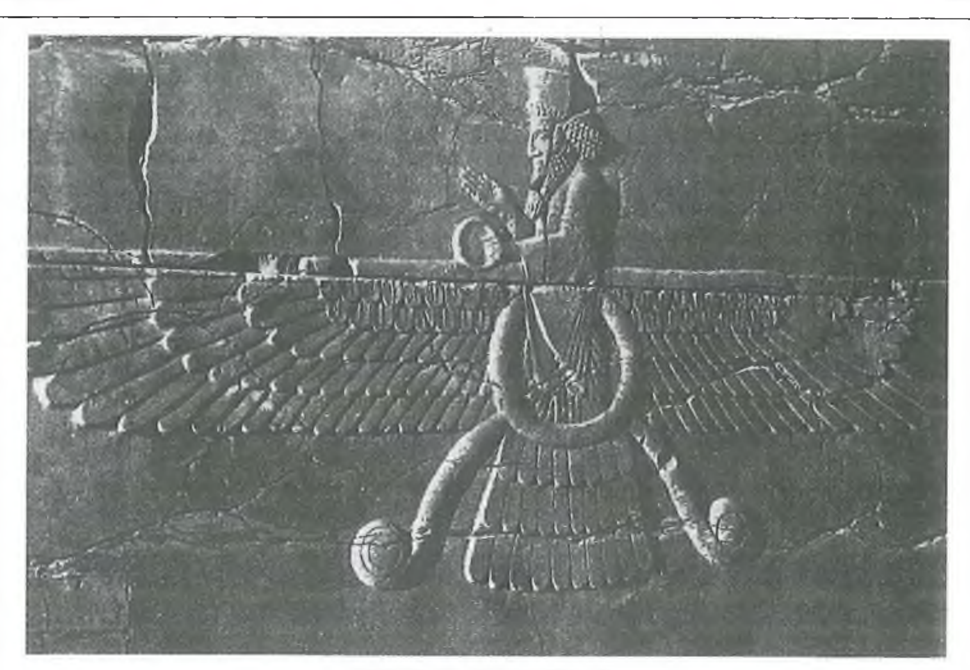
del Estado, la política religiosa no es más que el dictamen de las necesidades coyunturales en función de la propaganda imperial y la praxis política determinada por la evolución de los acontecimientos.

Por lo general se admite que los Aqueménidas tuvieron una política religiosa tolerante. Algunos autores han tratado de demostar lo infundado de tal asunción presentando abundantes ejemplos de destrucción de templos o persecuciones de diversa índole. Olvidan quienes así piensan que tales actos no son más que respuestas a situaciones de insurrección que atentaban contra la integridad del Estado. Frente a tales ejemplos se puede esgrimir la libertad de prácticas religiosas tradicionales en circunstancias normales y la ausencia de una imposición religiosa por parte de las autoridades del Estado a los diferentes pueblos que lo integran. Naturalmente, el objetivo deseado por los Aqueménidas con tal actitud era la tranquilidad interna, pero no por ello serían menos tolerantes. Si, además, tenemos en cuenta que la práctica habitual en el Próximo Oriente era la persecución o destierro de la divinidad tutelar del pueblo vencido, tendremos la posibilidad de contextualizar más la novedad de la política religiosa de los Aqueménidas. En consecuencia, las divinidades tradicionales de los distintos pueblos mantuvieron su existencia durante la hegemonía persa y basta echar una ojeada a Egipto, Israel o las ciudades griegas de Asia Menor, por poner sólo unos ejemplos.

Mucho más controvertido es el problema de la religión de los Aqueménidas. Este está íntimamente vinculado al de la cronología de Zoroastro y el sentido de su reforma religiosa. Hasta fechas recientes se venía admitiendo que el profeta sería contemporáneo o ligeramente anterior a Darío I. Sin embargo, los estudios más recientes están revolucionando nuestros conocimientos sobre esta cuestión y cuantas de ella se derivan.

Prácticamente no sabemos nada sobre Zoroastro. La información más cercana procede de los *gathas* del Yasna, uno de los libros que componen el *Avesta*, conjunto de textos de diferente origen y cronología relativos a cuestiones culturales fundamentalmente. Los recientes análisis sobre el *Avesta*, ponen de manifiesto que la situación política y social del mundo de Zoroastro está fuertemente impregnado de valores guerreros, con cruentas prácticas religiosas y refleja una distribución espacial fragmentada entre oasis, en los que se realiza una incipiente agricultura, pero cuya base económica es la ganadería. Esta realidad no tiene nada que ver con el Irán Aqueménida, sociedad heterogénea organizada bajo un régimen monárquico y cuya economía tiene como fundamentos la explotación de grandes latifundios y el comercio practicado a gran escala. En consecuencia, la cronología de Zaratustra tiene que ser anterior. Por distintas consideraciones la fecha más aceptable por el momento es la que lo sitúa en el tránsito del II al I Milenio, quizá en el s. X a.C. (Gnoli, 1985). El origen de Zoroastro también es controvertido. Ciertas fuentes dicen de él que es medo o persa, mientras que otras lo hacen rey de Bactria. Ninguna de estas fuentes es de gran fiabilidad y por ello las propuestas sobre el origen del reformador son tan variadas. Son mayoría los autores que aceptan una procedencia del Irán Oriental, aunque no hay acuerdo sobre la región concreta. Resulta, sin embargo, plausible la última propuesta de Gnoli (1985), que lo sitúa en el Sistán.

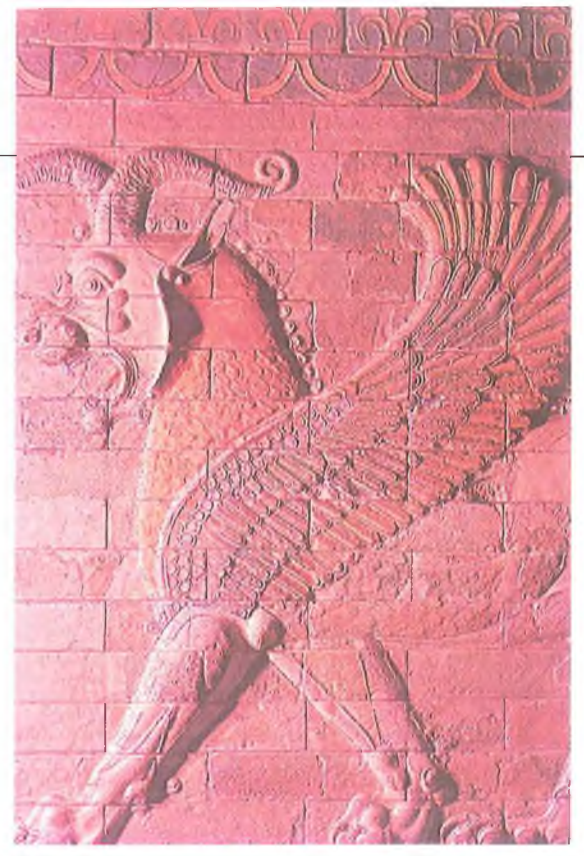
Si la cronología propuesta para Zoroastro en los trabajos más recientes es correcta, desaparece (o puede desaparecer) la larga polémica sobre el carácter mazdeista o no de la dinastía Aqueménida. La dificultad estribaba en que si el reformador era contem-



Relieve de Ahura Magda. Persépolis

poráneo a Darío, los primeros monarcas no podrían haber sido seguidores de Zoroastro. En las actuales circunstancias interesa más establecer el verdadero carácter de la reforma de Zoroastro y contextualizarla en la evolución del pensamiento religioso iranio.

Desde las nuevas perspectivas adquiere más sentido la consideración tradicional según la cual la religión irania se desarrolló en tres fases. La primera correspondería a un sistema politeísta, la religión de los nómadas indoeuropeos que tendrían una religión de tipo védico. Una vez consolidada la población irania en el altiplano, se produciría una modificación de las estructuras sociales como consecuencia de la nueva realidad económica. El viejo aparato ideológico ya no sería operativo y requeriría una renovación que es la emprendida por Zoroastro. Me opongo en este sentido a la visión de Gnoli para quien la reforma es producto de la creatividad de una mente prodigiosa unida a una vigorosa capacidad de acción. No niego la participación del individuo en el proceso reformador, pero éste no habría tenido éxito de no haber existido una sociedad necesitada del mismo. La proposición de Zoroastro se basa en un monoteismo dualista, en el que la aparente contradicción se resuelve por el carácter dual de la ética mazdea y la oposición del monoteismo no al dualismo, sino al politeismo. La tercera fase correspondería a una etapa de relajación del monoteismo y de recuperación parcial del politeismo a través de procesos de sincretismo —lo que requiere una elaboración teórica por parte del cuerpo sacerdotal— asumidos en primer lugar por los sacerdotes avésticos y posteriormente por los Magos medos. Esta reacción está motivada esencialmente por la necesidad de reconciliación con las antiguas tradiciones religiosas y por el contacto con otras civilizaciones próximo-orientales que practicaban el politeismo. El propio Gnoli admite que la formación del



León-Grifo, de Susa

gran Imperio supranacional de los persas favorece este último proceso, propiciado por la tendencia ecléctica de los Magos y las necesidades de la política imperial.

Por consiguiente, los Aqueménidas, aunque eran mazdeistas, no eran monoteistas. En su sistema religioso, Ahura Mazda no era el dios único, sino el más grande de los dioses, lo cual favorecía la deseada política de integración de los territorios conquistados, a través del aparato ideológico. Esta concepción estaba muy influida por el mundo próximo-oriental e incide directamente en la esencia de la realeza Aqueménida. Y aquí radica, precisamente, la diferencia que tan apasionadas controversias ha ocasionado entre los especialistas, constatable entre el mensaje del *Avesta* y las inscripciones de los Aqueménidas.

Probablemente fue Darío I, el organizador del Imperio, quien intentó la integración de las antiguas tradiciones iranias, el pensamiento religioso de Zoroastro y la necesidad de un sistema politeista que favorecía la proyección universal de su Imperio.

Al margen de los problemas puramente culturales, del contenido de la religión o de sus prácticas rituales, descritos en otros lugares a partir fundamentalmente de la información que nos proporciona Heródoto, me interesa destacar que una de las aportaciones más trascendentales de la antigua religión irania es precisamente la concepción dualista de la realidad, plasmada en la existencia del contrario negativo. Ello es fruto de una simplificación de la realidad, que no distingue más que la existencia de dos situaciones opuestas sin posibilidad de intermedios, como el Bien y el Mal (con representación en entes divinos), la Luz y la Oscuridad, etc. —pensamiento acorde con la misma esencia del Estado Persa— y que ha sido heredado por el pensamiento occidental a través del maniqueísmo.

Bibliografía

Alden, J.R.: «Trade and Politics in Proto-Elamite Iran», *Current Anthropology*, 23, 1982, 144 ss.

Allchin, B. y R.: *The Rise of Civilisation in India and Pakistan,* Cambridge, 1981.

Altheim, F. y Stiehl, R.: *Geschichte Mittelasiens im Altertum,* Berlín, 1970.

Amiet, P.: *Elam,* Anvers sur Oise, 1966.

Glyptique susienne, Mémoires de la Délégation en Perse, 43, Paris, 1972.

La Glyptique mésopotamienne archaïque, Paris, 1980.

Avdiev, V.I.: *Historia económica y social del Antiguo Oriente II. Reinos y estados del II y I milenio.* Madrid, 1986.

Barnett, R.D.: «Urartu», *CAH,* 3.1, 1982.

Barton, A.: *The Royal Inscriptions of Sumer and Akkad.* N. Haven, 1929.

Bengtson, H.: *Griegos y Persas,* Madrid, 1975.

Berthoud, Th. y Françaix, F.: *Contribution à l'étude de la métallurgie de Suse aux IVe et IIIe Millénaires,* París, 1980.

Bivar, A.D.H.: «Achaemenid Coins, Weights and Measures», *CHI,* 2, 1985.

Böhmer, R.M.: «Die Datierung des Puzna/Kutik-Inshushinak und einige sich ergebene Konsequenzen», *Or.* 35, 1966, 345-376.

Boyce, M.: *A History of Zoroastrianism,* 2 vols., Leiden, 1975-1982.

Textual Sources for the Study of Zoroastrianism, Manchester, 1984.

Bresciani, E.: «La satrapia d'Egitto», *St. Class. e Orientali,* 7, 1958, 132-188.

«The Persian Occupation of Egypt», *CHI,* 2, 1985.

Briant, P.: *État et Pasteurs au Moyen Orient Ancien,* Cambridge-París, 1982.

Rois, tributs et paysans, París, 1982 b.

Burn, A.R.: *Persia and the Greeks,* Stanford, 1962 (1984).

«Persia and the Greeks», *CHI,* 2, 1985.

Burrow, T.: «The Proto-Indoaryans», *Journ. Royal Asiatic Soc.*, 1973, 123-140.

The Cambridge History of Iran, 2, Cambridge, 1985.

Cameron, G.G.: *History of Early Iran,* Chicago, 1936.

Carter, E. y Stolper, M.W.: *Elam. Surveys of Political History and Archaeology,* Berkeley-Londres, 1984.

Cassin, E. y Bottero, J.: *Los Imperios del Antiguo Oriente,* 3 vols., Madrid, 1972.

Cook, J.M.: *The Persian Empire,* Londres, 1983.

«The Rise of the Achaemenids and Establishment of their Empire», *CHI,* 2, 1985.

Childe, V.G.: *The Aryans. A Study of Indo-European Origins,* Londres, 1926.

Dandamayev, M.A.: *Persien unter den ersten Achämeniden,* Wiesbaden, 1976.

Deshayes, J. (ed.): *Le Plateau iranien et l'Asie centrale des origines à la conquête islamique,* París, 1977.

Diakonoff, I.M.: «Die Arier in Vorderen

Orient: Ende eines Mythos», *Orientalia*, 41, 1972, 91-120.
«Elam», *CHI*, 2, 1985.
«Media», *CHI*, 2, 1985.

Dicks, B.: *The Ancient Persians. How they Lived and Worked*, Londres, 1979.

Duchesne-Guillemin, J.: *La religion de l'Iran Ancien*, París, 1962.

During-Caspers, E.: «Sumerian Traders and Businessmen residing in the Indus Valley Cities», *AJA*, 85, 1980.

Ehmann, D.: *Bahtiyaren-Persische Bergnomaden im Wandel der Zeit*, Wiesbaden, 1975.

Farkas, A.: «The Behistun Relief», *CHI*, 2, 1985.

Frankenstein, S.: «The Phoenicians in the Far West; a Function of Neoassyrian Imperialism», *Mesopotamia*, 7, 1979.

Frye, R.N.: *La herencia de Persia*, Madrid, 1965.

The History of Ancient Iran, Munich, 1984.

Garelli, P.: *El Próximo Oriente Asiático*, Barcelona, 1970.

Ghirshman, R.: *L'Iran et la migration des Indoaryens et des Iraniens*, Leiden, 1977.

Iran from the earliest times to the Islamic conquest, Harmondsworth, 1954.

Gnoli, G.: *De Zoroastre à Mani*, París, 1985.

Gundel, H.G.: *Der alte Orient und die griechische Antike*, Stuttgart, 1981.

Hansman, I.: «Anshan in the Median and Achaemenian Periods», *CHI*, 2, 1985.

Herzfeld, E.: *The Persian Empire*, Wiesbaden, 1968.

Hignett, C.: *Xerxes' Invasion of Greece*, Oxford, 1963.

Hinnells, J.R.: *Persian Mythology*, Londres, 1973.

Hinz, W.: *Darius und die Perser*, 2 vols., Baden-Baden, 1976.

«Persia c. 2400-1800 b.C.», *CAH*, 1.2, 1985.
«Persia c. 1800-1550 b.C.», *CAH*, 2.1, 1978.

Johnson, G.A.: *Local Exchange and Early State Development in Southwestern Iran*, Michigan, 1973.

Junge, J.: «Satrapie und Natio, Reichsverwaltung und Reichspolitik im Staate Dareios' I», *Klio*, 34, 1942.

Kent, R.G.: *Old Persian Grammar, Texts, Lexicon*, N. Haven, 1953.

Kohl, Ph.: *Central Asia. Paleolithic Beginnings to the Iron Age*, París, 1984.

König, F.W.: *Die elamischen Königsinschriften*, Graz, 1965.

Kurt, A.: «The Achaemenid Concept of Kingship», *Iran*, 22, 1984.

Labat, R.: «Elam c. 1600-1200 b.C.», *CAH*, 2.2, 1975.

«Elam and Western Persia, c. 1200-1000 b.C.», *CAH*, 2.2, 1975.
«Kashtariti Phraorte et les débuts de l'histoire Mède», *JA*, 249, 1961.

La Bua, V.: «La prima conquista persiana della Jonia», *St. E. Manni*, IV, Roma, 1980.

Lambert, W.G.: «Elamite Kings named Ebarat», *Iraq*, 41, 1979 a.

«Le prince de Suse Ilishmani et l'Elam, de Naramsim à Ibisin», *Jour. Asiat.*, 267, 1979 b.

Lateiner, D.: «The Failure of the Ionian Revolt», *Historia*, 31, 1982.

Le Breton, L.: «The Early Periods at Susa. Mesopotamian Relations», *Iraq*, 19, 1957.

Lewis, D.M.: *Sparta and Persia*, Leiden, 1977.

Madjizadeh, Y.: «Lapislazuli and the Great Khorasan Road», *PaleoOrien*, 8/1, 1982.

Mallowan, M.: «Cyrus the Great (558-529 b.C.)», *CHI*, 2, 1985.

Mayrhofer, M.: *Die Arier im vorderen Orient. Ein Mythos?*, Viena, 1974.

Handbuch des Alt persischen, Wiesbaden, 1964.

Molé, M.: *Culte, mythe et cosmologie dans l'Iran ancien*, París, 1963.

Moorey, P.R.S.: *Ancient Iran*, Oxford, 1975.

«Metalwork and Glyptic», *CHI*, 2, 1985.

Moorgart, A.: *Geschichte Vorderasiens bis zum Hellenismus*, Munich, 1950 (1984).

Olmstead, A.T.: *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948 (1960).

Osten, H.H.: *El mundo de los persas*, Madrid, 1965.

Parpola, S., Parpola, A. y Brunswig, R.H.: «The Meluhha Village: Evidence of Acculturation of Harrapan Traders in Late Third Millenium Mesopotamia?», *Journ. Econ. and Soc. Hist. of the Orient,* 20, 1977.

La Persia e il mondo Greco-Romano, Accademia dei Lincei, Roma, 1966.

Petit, T.: «La reforme impériale et l'expedition européenne de Darius Ier. Essai de datation», *Ant. Class.,* 55, 1984.

Piotrovsky, B.: *Ourartou,* Ginebra, 1970.

Posener, G.: *La première domination perse en Égypte. Récueil d'Inscriptions Hiéroglyphiques,* El Cairo, 1936.

Potts, D.T. (ed.): *Dilmun. New Studies in the Archaeology and Early History of Bahrain,* Berlín, 1983.

Prásek, J.V.:*Geschichte des Meder und Perser bis zum makedonischen Eroberung,* 2 vols., Gotha, 1906-1910 (1968).

Reade, J.E.: «Kassites and Assyrians in Iran», *Iran,* 16, 1978.

Rostovtzeff, M.: «The Sumerian Treasure of Astrabad», *JEA,* 6, 1920.

Roux, J.: *Mesopotamia.* Madrid, 1987.

Scheil, V.: «Dynasties élamites d'Awan et de Simash», *RA,* 28, 1931.

Schwartz, M.: «The old Eastern Iranian World View according to the Avesta», *CHI,* 2, 1985.

Seibert, J.: *Die Eroberung des Perserreiches durch Alexander den Grossen auf kartographischen Grundlage,* 2 vols., Wiesbaden, 1985.

Stolper, M.: «On the Dynasty of Shimashki and the Early Sukkalmahs», *ZA,* 72, 1982.

Tozzi, P.: *La rivolta ionica,* Pisa, 1978.

Vallat, F.: *Suse et l'Elam,* París, 1980.

Voigtlander (von), E.N.: *The Bisitun Inscription of Darius the Great. Babilonian version,* Londres, 1978.

Wallinga, H.T.: «The Ionian Revolt», *Mnemosine,* 37, 1984.

Walser, G.: *Hellas und Iran,* Darmstadt, 1984.

Walser, G. (ed.): *Beiträge zur Achämenidengeschichte,* Wiesbaden, 1972.

Weisehöfer, J.: «Die 'Freunde' und 'Wohltäter' des Grosskönigs», *St. Iranica,* 9, 1980.

Weiss, H.: «Periodization, population and early State Formation in Khuzistan», *Bibliotheca Mesopotamica,* 7, 1977.

Westlake, H.D.: «Decline and Fall of Tissaphernes», *Historia,* 30, 1981.

Will, E.: *Le monde Grec et l'Orient,* 2 vols., París, 1980.

Wright, H.T. y Johnson, G.A.: «Population, Exchange and Early State Formation in Southwestern Iran», *American Antropologist,* 77, 1975.

Zimansky, P.E.: *Ecology and Empire: The Structure of the Urartian State,* Chicago, 1985.

